

PiNOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 52

40 Cents.

14 FEBRERO
1926



PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.- ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.- SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton





PINOCHO Y LOS DEPORTES



Crónica deportiva.

POR DUX.

Cada vez se extiende más el radio de acción de los «Equipos Pinochos», y en verdad que consideramos como un triunfo, único y exclusivo de esta Revista, aquella difusión continua y beneficiadora.

Muchas veces se ha dicho, y no con poca razón, que la inteligencia, para trabajar normalmente y con absoluta soltura, debe verse en un cuerpo sano, ágil y fuerte. El deporte cumple perfectamente esta misión de educación física, y así como fortifica el organismo del individuo, le proporciona, además, cierto estado de ánimo, alegría, voluntad tenaz y vigor suficiente para vencer resistencias.

El deporte que Pinocho propaga con más ahinco es, como se sabe, el fútbol. Tratándose de Pinochistas —esto es, de niños—, ningún deporte como el fútbol se ofrece más completo y apropiado, y ninguno, por otra parte, se presta mejor a la agrupación.

Pero Pinocho no abandona por ello las demás formas de educación física, los distintos deportes que, bien individualmente o en colectividad, pueden practicar los Pinochistas.

Ahi están, por ejemplo, el deporte del remo, la natación, el «tennis», o el... boxeo.

Este último, por su aparente brutalidad, parece irrecomendable. Lo es, desde luego, para niños menores de doce años. El boxeo en general, no es, precisamente, el boxeo que conocemos con más frecuencia, consistente en el encuentro de dos hombres dotados de una musculatura excepcional, que hacen de su ejercicio, al practicarlo públicamente, una profesión, un medio de ganarse la vida. No. El boxeo, aparte esta manifestación particular, puede considerarse como uno de los deportes más beneficiadores y, sobre todo, como el que más influye en el espíritu de quien lo practica. Es cierto que al principio, si hacéis una tentativa de boxeo, sentiréis no poco encono al recibir los primeros golpes. Pero aquí está, precisamente, el beneficio del boxeo, su alto valor educativo. A medida que os vayáis entrenando en semejante deporte, iréis perdiendo aquella irritabilidad, y luego, normalmente, amigablemente, sin encono de ninguna clase, podréis realizar algunos «match» divertidísimos.

Diréis, sin duda, que os aconsejo el mutuo golpeo, que contaminado del espíritu batallador de Pinocho, soy un propagandista de las contiendas. Pero hay que reparar que hablo de deportes, donde

se entablan aquéllas en un terreno amigable, sin rencores de clase alguna, y siempre con un propósito de diversión.

Precisamente es la diversión, la distracción, el juego, lo característico de la educación física. Mientras la educación intelectual —el estudio— se ofrece siempre como un trabajo que requiere violento esfuerzo, voluntad y atención, la educación física —los deportes— se nos presenta como una distracción por demás agradable, como un juego. Claro que, como todo juego, este del deporte, debe jugar-

se siempre bien, en limpio, y mayor será nuestra satisfacción cuanto mejor hayamos jugado, y mayor aún, si triunfamos definitivamente.

Hablar más del deporte en general, considerándolo como un medio de educación, sería inútil. Todas estas cosas las conocen los Pinochistas, y no hay que insistir en ello. Pero hoy nos gusta consignar este triunfo de nuestro semanario, triunfo único, el cual manifiesta patentemente cómo el gran Pinocho, sin abandonar otras actividades, dedica no poco esfuerzo a la difusión del deporte en España y América.

Nuestros colaboradores.

El atletismo.

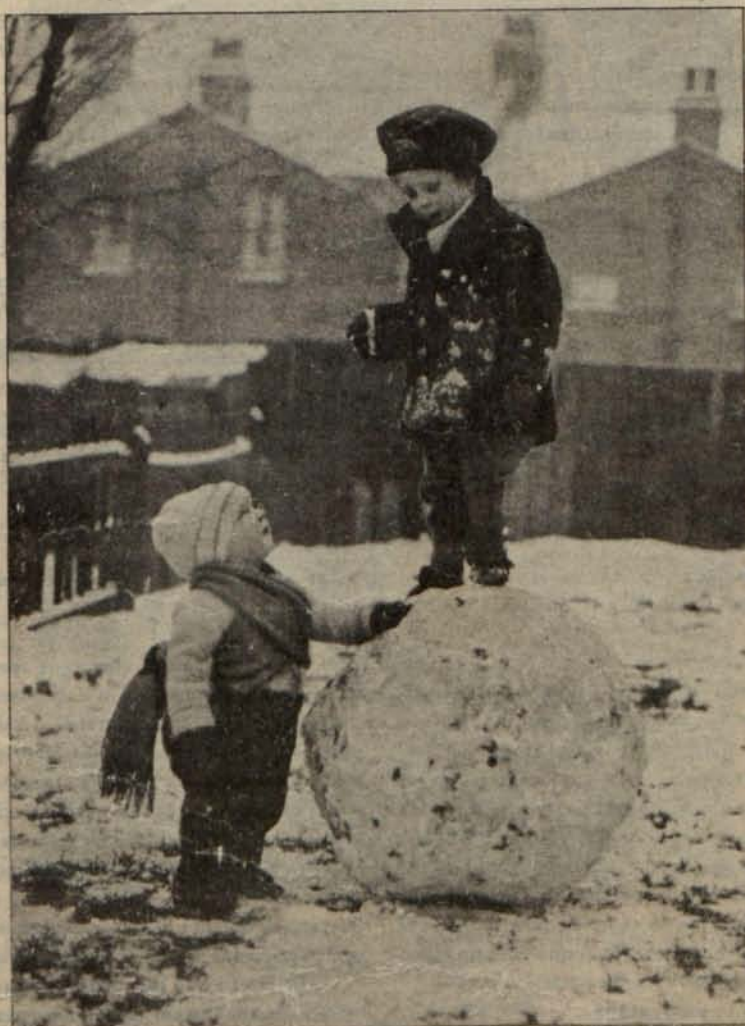
El domingo, en el campo de la R. S. G. E. se llevaron a cabo varias pruebas atléticas, en las que participaron un número aceptable de concurrentes.

No sé de qué Sociedad o Agrupación, ni de qué Club eran, pero lo cierto del caso es que las mar-

cas que se registraron fueron mediocres, casi infantiles.

A mi parecer no pudieron mejorar las marcas por falta de aptitudes físicas y por falta de técnica, y de entrenamiento no lo sé, pero creo que también.

Además, no ponen especial cuidado en ver la forma de mejorar el poco estilo que tienen, ni en ver el método que mejor se adapte a sus medios físicos; sólo ven el modo de hacer menos segundos y más metros, y si es que ganan, ellos mismos no saben cómo lo han



LOS DEPORTES DE LA NIEVE

Ved a estos dos intrépidos deportistas desafiando al frío. Son dos veteranos Pinochistas. (Todavía no han llegado al Polo Norte, pero están muy cerca de alcanzarlo).



hecho. Es necesario, pues, que el concursante vea una de las tantas técnicas que existen y las adapten a su medio físico, y una vez que hayan visto cuál le conviene, entonces puede estudiarla, practicar la prueba con estilo y, una vez que la domine por completo, ya puede presentarse a cualquier concurso y entonces podrá ganar o perder.

Pero mucho antes que la técnica esté la constitución física del concursante, y que sin ella no se podría hacer nada; hay jóvenes que se especializan en una prueba cualquiera sin tener las cualidades físicas que se requieren para ello; así que cuando uno no está en condiciones físicas suficientes para lograr su intento, lo primero que debe hacer es no sólo hacer trabajar los músculos necesarios, sino los demás, que aunque no son tan útiles siempre hacen un papel secundario e influyen en algo.

Después de una preparación física metódica y sin esfuerzos viene la técnica, y luego la preparación general o entrenamiento, en donde trabajan los músculos y la técnica.—PUNLLY.

Un nuevo equipo pinochista en Madrid.

«Caos Pinochista».

Con este nombre se ha formado un formidable equipo Pinochista, del cual esperamos innumerables éxitos. El capitán del «Caos», llamado V. Rico, nos facilita los nombres de los demás jugadores, que son los siguientes:

Santiago Blanco, defensa derecha; Manuel Sánchez, portero; Antonio Santos, defensa izquierda; Antonio Rueda, medio derecha; Fernando Otegui, medio centro; Vicente Orozco, medio izquierda; Andrés Álvarez, interior derecha; Vicente Recio, delantero centro; Francisco Alises, interior izquierda; Domingo Rodríguez, extremo

derecha; Santiago Lorente, suplente; Francisco Díez, extremo izquierda.

Pinocho desea al nuevo equipo todos los triunfos que merece.

Otro equipo pinochista en Cáceres.

«Recreativo Pinochista».

La ordenación de este nuevo equipo es la siguiente: Gutiérrez, Vidal, Llorente, Andrade, Guardiola, Alonso, Bejarano, Floriano, Candela y Fernández.

Como al «Caos Pinochista», deseamos al «Recreativo Pinochista» éxitos innumerables que le acrediten definitivamente en la ciudad extremeña.

A los equipos Pinochistas de Buenos Aires.

Carta abierta a todos los equipos Pinochistas, contestando a la de nuestros estimados compañeros Pinochistas de allende los mares.

Queridos compañeros: Habiendo visto la carta abierta que se publicó en el número 49, tenemos el mayor gusto en que nos comuniquemos todos los equipos y pongamos en alto la bandera de Pinocho, unidad y fútbol, y procuremos ensalzar el ideal de este deporte que tanto nos apasiona.

El que quiera algo puede dirigirse a las oficinas del club, Cortes, 561, Barcelona.

De cualquier punto que se nos escriba procuraremos atender lo mejor que sepamos. No queriendo entreteneros más, pues tenéis prisa para leer Currinche y Don Turulato, se despide de vosotros la Junta directiva del Deportivo Pinochista Infantil de Barcelona.



Apunte del natural por JACINTO.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón; ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, por qué se enciende un fósforo.

—Veo que preguntas sobre cosas de suma utilidad, y ello me satisface muchísimo. Veo que tu curiosidad no descansa un momento, y no puedes darte idea cómo me encantan tus preguntas. Porque has de saber, querido Chonón, que hay dos clases de curiosidad: una reprochable, lamentable, que no se fija más que en indagar las cosas pequeñas, las vidas ajenas, lo que hizo nuestro vecino a las las diez, a las once de la mañana, y otra, la buena curiosidad, que es deseo de saber, de conocer, de aprender, anhelo continuo de explicarnos las cosas que nos rodean, los fenómenos que no podemos conocer por nosotros mismos. Cada día te veo más curioso, —en el buen sentido de la palabra—, y ello me indica que eres un chico muy listo, muy listo.

—Gracias, querido buho. Pero te preguntaba...

—Por qué se enciende un fósforo, ¿no?

—Justamente.

—Pues los fósforos se encienden porque al frotarlos contra la lija de la caja se calientan aquéllos extraordinariamente.

—¿Y por qué se calientan?

—Todo frotamiento produce calor. Bastará que pases tu dedo índice varias veces por tu traje con cierta rapidez, frotando fuertemente, para que al punto experimentes calor en el dedo.

—Pero no echo llamas, como el fósforo.

—Naturalmente. Tu dedo no está compuesto de la misma sustancia que una cabeza de mixto. Precisamente la razón de ser del fósforo y su cualidad inflamable estriba en lo siguiente: El fósforo es una mezcla de ciertas materias, las cuales se mantienen en la frialdad perfectamente; pero que apenas se calientan suficientemen-

te, se encienden, esto es, se combinan con el oxígeno del aire y arden.

—Es admirable.

—Sí que lo es. Hace cien años aparecieron los primeros fósforos. Entonces necesitaban para encenderse ser frotados durante un gran rato. Más tarde aparecieron los mixtos, muy parecidos a los que usamos hoy. Lo bueno de los fósforos es que se inflaman en el momento que nosotros los necesitamos.

—Pero también son peligrosos, querido buho.

—Sin duda alguna. Como materia inflamable que es el fósforo, siempre será peligroso llevarlos sueltos en el bolsillo. En el campo, en los días de verano, se ha dado el caso de arder una caja de cerillas en el bolsillo de un campesino. Pero hoy se ha llegado a una gran perfección en los fósforos, y ya no ocurren esos casos.

—¿Es cierto que los mixtos son venenosos?

—Sí lo son. En un principio, cuando los fósforos se extendieron por España, hubo alguna gente que, por ignorancia, tomaron algunas cerillas —¡con lo malas que están!—, y murieron. Se registraron, además, algunos suicidios, y la fábrica de Cascante colocó durante cierto tiempo, en sus cajas de cerillas, los deliciosos versos siguientes:

«¿Si se suicida un tunante,
por estar falto de seso,
qué tienen que ver con eso
los fósforos de Cascante?»

Claro que existen varias clases de fósforos, y el blanco o amarillo es el más venenoso.

—No sigamos, querido buho.

—Seguiremos hablando otro día, curioso Chonón.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—Veo allá otro conducto —contestó el pescador—. ¡Oh!... ¿Qué rumor es ese? Parece que estamos muy cerca de alguna cascada o de algún impetuoso torrente.

—¡Escuchemos! —dijo el señor Bandi.

Los cuatro prestaron atención, conteniendo el aliento. A lo lejos se oía un sordo fragor, que parecía producido por una caída de agua. El doctor se asomó a la entrada del segundo conducto y se percató de que el fragor provenía de aquella parte.

—La caverna no debe de estar muy lejos —dijo—. Si este segundo conducto nos consiente el paso, dentro de un cuarto de hora podremos llegar al lugar donde tenemos la canoa.

—¿Cómo deducis eso? —preguntó Vicente.

—¿No te acuerdas de la catarata que se precipitaba en el lago?

—Sí —contestaron los tres pescadores.

—Pues ese fragor que oímos debe de ser producido por ella.

—¿Será cierto? —exclamó Vicente—. Daria un año de mi vida por encontrarme ya embarcado en la canoa.

—¡Pues vayamos allá!

—¡Por vida de...!

En aquel momento, la lámpara, después de lanzar una viva llamarada, se apagó y todo quedó a oscuras en aquella enorme burbuja de lava.

—No importa —dijo el doctor—. Ya sabemos que tenemos ese conducto ante nosotros.

—Y además tenemos aún cerillas —dijo Miguel.

—¡Adelante, amigos!

Los cuatro exploradores se metieron animosamente en el conducto, acelerando la marcha. Vicente, que iba a la cabeza, antes de dar un paso tanteaba prudentemente el suelo, temiendo precipitarse en alguna hendidura, o, peor aún, en algún abismo.

De vez en cuando se detenía para escuchar, y con gran alegría comprobaba que el ruido de la cascada se hacía cada vez más intenso.

—Sí; estamos en buen camino —murmuraba—. El lago no debe de estar lejano.

Después de un cuarto de hora se percató de que el conducto se ensanchaba bruscamente. Extendió ambos brazos en cruz y no tocó las paredes.

—¡Encended una cerilla, doctor! —dijo—. Aquí estamos ante una caverna o ante un abismo.

—¿Se tratará de alguna otra ampolla formada por la lava?

—No lo creo, doctor, pues... siento una fuerte corriente de aire que me azota la cara.

—¿Habremos llegado entonces al lago? El mugido de la catarata se hace ya ensordecedor.

—Alumbrenos un poco, doctor.

El señor Bandi encendió una cerilla. Su luz era demasiado débil para darse cuenta con ella, de una ojeada, del lugar donde se encontraban; pero les pareció distinguir a pocos metros de distancia una pared.

—Estamos en otra caverna —dijo.

Una fuerte corriente de aire le apagó el fósforo.

—¿De dónde vendrá este viento? —les dijo—. Aquí tiene que haber alguna abertura.

—Yo creo haber visto allá una grieta —dijo Roberto.

—Vamos a verlo.

Encendió el segundo fósforo, y, resguardándole con ambas manos, marchó en la dirección indicada por el pescador. La corriente de aire venía precisamente de aquel lado, y era tan fuerte, que a duras penas conseguía el doctor mantener encendida la cerilla.

Recorrieron unos quince pasos y se hallaron ante una abertura irregular que daba a un abismo imposible de medir a simple vista; pero mirando con más detenimiento, descubrió una especie de escarpa, formada por lavas acumuladas, que no parecía difícil de subir.

—¿Dónde estaremos? —les preguntó.

—¿Dónde? ¿No oís? —dijo Vicente.

—¿Qué?

—¡El romper de las olas contra los escollos!

—Pues entonces, ¿dónde nos encontramos?

—Junto al lago, doctor. Un marinero no puede engañarse nunca al oír el rumor de la resaca, aunque sea a varias millas de distancia.

—Entonces estamos en salvo y...

Se interrumpió de pronto, lanzando un grito de sorpresa.

—¿Qué le sucede, señor? —dijeron los pescadores acercándose a él.

—¡Mirad... allí... sobre las aguas del lago!

—¡Por un millón de merluzas! —exclamó Vicente extendiendo los puños—. ¡Una luz!

—¡Un fanal de marina! —exclamaron Roberto y Miguel con voz ronca.

Un punto luminoso de luz roja se reflejaba sobre las oscuras aguas del lago, a gran distancia, moviéndose lentamente. No era posible que fuese un fuego producido por alguna erupción de gases, pues en ese caso no hubiera tenido ese color.

No; con toda seguridad aquella luz provenía de un fanal de cristales rojos, y más probablemente debía de ser el fanal de posición de una nave.

—¡Mil rayos! —exclamó Vicente—. Aquí debe de haber hombres que anden surcando este canal cuando nosotros le creíamos desconocido para todo el mundo. ¿Quiénes serán esos hombres que viven en estas tinieblas solitarias? ¿Qué decís a eso, doctor?

—Que nuestro secreto ha sido divulgado.

—¿Eso creéis?

—O que otro nos ha seguido, o precedido.

—¡Pues no debe ser otra persona que ese demonio de es-lavo!

—Es muy probable, Vicente.

—¡Vambos a acercarnos a él, doctor! Si llega a la desembocadura del canal antes que nosotros, nos privará del descubrimiento.

—Ya le alcanzaremos, Vicente. ¿A qué distancia te parece que está esa luz?

—A unas dos millas de aquí —respondieron los tres pescadores.

—Este lago debe tener una extensión inmensa. Fué una verdadera fortuna para el capitán Gottardi encontrarlo en su camino. Ahora, bajemos y busquemos la canoa.

—¿Será posible la bajada? Con esta oscuridad, corremos el peligro de rompernos la cabeza. ¿Tenéis cerillas aún?

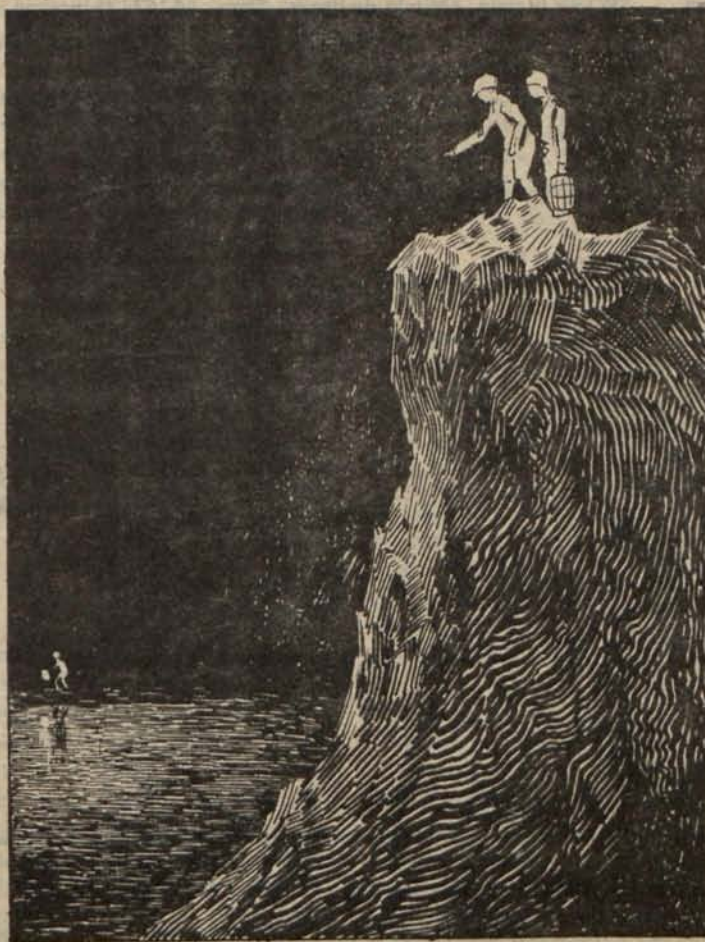
—Una media caja.

—Pues encienda una. Roberto y yo intentaremos bajar delante.

Después de haber examinado atentamente la escarpa formada por las acumulaciones de lava, los dos pescadores se metieron prudentemente en aquel tenebroso abismo, agarrándose con las manos a los bordes y salientes y apoyando los pies en las grietas y hendiduras.

El doctor, encorvado sobre la abertura, encendía una tras otra las cerillas, procurando alumbra a los dos valientes.

(Continuará en el número próximo.)



El gran sorteo de Navidad - Reyes.

Números premiados.

IMPORTANTE PARA LOS SUSCRITORES

Por dificultades de la imprenta hace unas semanas que la Revista PINOCHO llega con retraso a los suscritores. Pero esas dificultades van a desaparecer, y muy pronto los suscritores recibirán su número semanal ANTES QUE LOS QUE LO COMPREN EN LA CALLE, como sucedía al principio.

PRIMER PREMIO	UNA COLOSAL BICICLETA.....	Núm.	186.693
SEGUNDO.....	UNA MAQUINA FOTOGRAFICA.....	—	243.141
TERCERO.....	UNA MUÑECA o un BALON de fútbol.	—	1.147
Cuarto.....	—	—	249.466
Quinto.....	—	—	185.039
Sexto.....	—	—	172.078
Séptimo.....	—	—	14.239
Octavo.....	—	—	187.926
Noveno.....	—	—	186.554
Décimo.....	Un estuche de dibujo.....	—	120.517
Décimoprimer.....	—	—	187.761
Décimosegundo.....	Una pluma stilográfica.....	—	235.607
Décimotercero.....	—	—	214.334
Décimocuarto.....	—	—	160.618
Décimoquinto.....	Una caja de acuarela.....	—	832
Décimosexto.....	—	—	187.290
Décimoséptimo.....	—	—	107.926

18 premio. Un lote de libros. Núm.	339	46 premio. Un lote de libros. Núm.	4.142	74 premio. Un lote de libros. Núm.	11.418
19 — — — —	11.263	47 — — — —	14.807	75 — — — —	186.293
20 — — — —	50.813	48 — — — —	5.199	76 — — — —	170.522
21 — — — —	184.261	49 — — — —	88.635	77 — — — —	94.622
22 — — — —	246.600	50 — — — —	185.214	78 — — — —	199.301
23 — — — —	187.144	51 — — — —	142.102	79 — — — —	130.221
24 — — — —	135.886	52 — — — —	151.198	80 — — — —	232.446
25 — — — —	30.028	53 — — — —	184.886	81 — — — —	171.119
26 — — — —	8.817	54 — — — —	172.733	82 — — — —	240.801
27 — — — —	69.212	55 — — — —	182.901	83 — — — —	188.226
28 — — — —	185.933	56 — — — —	144.421	84 — — — —	185.469
29 — — — —	195.502	57 — — — —	160.296	85 — — — —	6.219
30 — — — —	314	58 — — — —	186.193	86 — — — —	77.440
31 — — — —	2.219	59 — — — —	2.004	87 — — — —	187.318
32 — — — —	168.333	60 — — — —	186.911	88 — — — —	185.123
33 — — — —	119.024	61 — — — —	197.116	89 — — — —	128.996
34 — — — —	118.707	62 — — — —	7.332	90 — — — —	180.889
35 — — — —	185.702	63 — — — —	184.442	91 — — — —	179.110
36 — — — —	238.506	64 — — — —	28.906	92 — — — —	14.230
37 — — — —	123.427	65 — — — —	170.661	93 — — — —	186.332
38 — — — —	176.165	66 — — — —	181.772	94 — — — —	189.022
39 — — — —	184.363	67 — — — —	53.492	95 — — — —	226.901
40 — — — —	247.978	68 — — — —	185.309	96 — — — —	182.528
41 — — — —	10.266	69 — — — —	142.811	97 — — — —	216.409
42 — — — —	175.092	70 — — — —	184.960	98 — — — —	186.443
43 — — — —	80.114	71 — — — —	177.801	99 — — — —	244.635
44 — — — —	109.036	72 — — — —	6.344	100 — — — —	189.155
45 — — — —	178.660	73 — — — —	142.968		

CONDICIONES PARA RETIRAR LOS PREMIOS

1.ª Los premios podrán retirarse hasta dos meses después de la publicación del presente número. Pasada esta fecha caducará la validez de los billetes definitivamente.

2.ª Los premios pueden retirarse en la Administración de PINOCHO (Editorial SATURNINO CALLEJA, S. A., calle de Valencia, 28.—MADRID), presentando el billete premiado, el nombre y dirección del Pinochista favorecido y un retrato del mismo. El retrato debe ser suficientemente grande y claro, para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista esté con otras personas. Como los regalos no se han comprado todavía, para que no se estropeen (y como además algunos de ellos no podemos comprarlos hasta que el Pinochista nos haya dicho cuál elige), necesitamos que los Pinochistas que se propongan venir personalmente a la Administración a recoger los regalos nos lo avisen con ocho días de anticipación, para que tengamos su regalo preparado.

3.ª Los Pinochistas premiados que deseen recibir los regalos en su casa, deberán escribir al Director de PINOCHO (apartado 447. Madrid), enviando el billete premiado, el nombre y dirección del Pinochista favorecido y el retrato del mismo, según se indica en la condición anterior. Además habrá de abonar los gastos de envío del premio y ponerse para ello de acuerdo con la Administración.

SORTEO DE REGALOS DE LOS AUTOMOVILES CITROEN

Recordamos que el plazo para retirar los regalos del sorteo de los AUTOS CITROEN (cuya lista de premios se publicó el 15 de noviembre de 1925, y el cual sorteo no tiene nada que ver con el de NAVIDAD-REYES, cuyos números publicamos hoy) termina el 30 de abril de 1926.

NUEVO GRAN SORTEO DE REGALOS

PRIMER PREMIO UN "AUTO" CITROEN

Este preciosísimo *auto* es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroen, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMÁTICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este *auto*. Además, tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.

2.º premio. Un cinematógrafo completo Pathé Baby, con infinidad de películas y un precioso estuche.

3.º premio. Una caja de soldados, que es una verdadera maravilla.

4.º premio. Una máquina fotográfica.

5.º premio. Una espléndida casa de muñecas.

6.º premio. Un magnífico triciclo niquelado y con aros de goma.

7.º premio. Un precioso tocador para niña.

8.º premio. Una estupenda y artística muñeca.

9.º premio. Una locomotora mecánica.

10.º premio. Una lujosísima caja de soldados.

11.º al 50.º premio. Un lote de libros de Calleja.

Todos los lectores de mi revista PINOCHO son Pinochistas, y a todos los quiero con todo mi corazón de madera, más ardiente y esforzado que muchos corazones de verdad. Pero hay unos Pinochistas especiales, unos Pinochistas para quienes es lo mejor de mi gratitud, porque ellos son los que mejor me demuestran su constancia y cariño y los que más me ayudan a poder publicar mi revista: esos son los **Pinochistas suscritores**.

Hasta ahora todos mis sorteos de regalos han sido también para los Pinochistas lectores; pero ya es hora de que yo dé un testimonio público y solemne de mi agradecimiento a mis fieles suscritores, a quienes tanto debo. Y por eso he organizado este magno sorteo de regalos dedicado a aquellos suscritores que, *renovando ahora su suscripción*, me acrediten la lealtad y firmeza de su pinochismo. **También entrarán en sorteo los Pinochistas que no habiendo sido suscritores hasta ahora, se suscriban antes de fin de Marzo**, enviando veinte pesetas a la Administración de PINOCHO directamente.

CONDICIONES DEL SORTEO

1.º Los números que entrarán en sorteo serán los números que llevan los recibos de suscripción por un año (expedidos por la Administración de PINOCHO). Pero **no** los números de todos los recibos de suscripción, sino precisamente los números de los recibos de suscripción **por un año**, cuya fecha (la fecha que tenga el recibo) esté comprendida entre el 1 de enero y el 30 de marzo de 1926. Es decir, que si el primer recibo extendido el 1 de enero de 1926 tiene, por ejemplo, el número 3.000, y el último recibo extendido el 30 de marzo de 1926 es, por ejemplo, el número 10.000, entrarán en sorteo siete mil números, que empezarán en el número 3.000 y acabarán en el número 10.000.

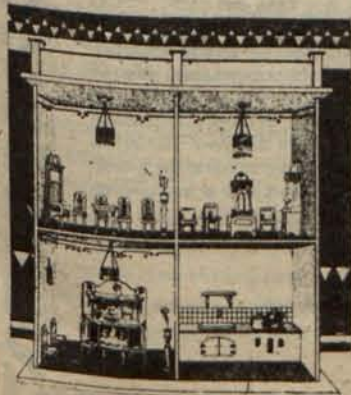
2.º Los Pinochistas cuyas suscripciones terminen después del 30 de marzo de 1926 pueden tomar parte en el sorteo *renovando su suscripción antes de terminarse*, con lo cual no sufrirán perjuicio alguno, porque la nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no empezará a contarse hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción antigua termina en *junio de 1926* y el Pinochista la renueva en *marzo de 1926*, pues la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta *junio de 1927*, y la nueva se servirá hasta *junio de 1927*.

3.º Sólo entrarán en sorteo los recibos de suscripción **por un año**, cuya fecha esté comprendida entre el 1 de enero y el 30 de marzo de 1926. Por tanto, no tomará parte en el sorteo quien no haya pagado una suscripción **por un año** en uno de esos tres meses. (En enero, o en febrero, o en marzo de 1926.) Por tanto; también, no entrarán en sorteo los recibos de suscripción que sean de semestre o de trimestre, ni entrarán tampoco en sorteo los recibos de suscripción que tengan fecha de antes del 1 de enero o de después del 30 de marzo de 1926. Tampoco hay más números para el sorteo que los de los recibos de suscripción. Por tanto, *nadie debe pedir números*.

El que abone una suscripción por un año antes del 30 de marzo de 1926 recibirá su recibo de suscripción, y **el número de su recibo de suscripción será su número para el sorteo**. El que no abone una suscripción por un año antes del 30 de marzo de 1926 **no podrá, de ninguna manera, tomar parte en este sorteo de regalos** y, por tanto, es inútil que pida su número como no sea enviando las veinte pesetas que importa la suscripción por un año, en cuyo caso recibirá su número sin necesidad de pedirlo.

Suponiendo que os habéis enterado bien, os abraza a todos vuestro amigo invariable,

PINOCHO



Una casa de muñecas como esta.



Un tocador de verdad como este.



Un triciclo como este.



Una preciosa muñeca como esta.



EL CALIFA LADRON

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¡Quiero hablar al Príncipe de los fieles!
Y como se le permitiera acercarse a él, se expresó en esta forma:

—¡Dispensador de gracias y de castigos! Suspende el mio sólo por un mes, y en los tres últimos días del plazo que pido verás cosas maravillosas, cuyo conocimiento es para ti, señor, del mayor interés.

El Califa quedó admirado del tono profético con que tales maravillas le eran anunciadas; la curiosidad dominaba en él a cualquiera otra pasión, y como los culpables no se le podían escapar, determinó enviar a la princesa, su esposa, y a Chemaeddin al calabozo, prometiéndose hacer justicia por sí mismo al terminar el plazo fatal si sólo se trataba de burlarse de él con una falsa profecía.

Los años corren, los meses vuelan, pero los días se evaporan; el Califa, por haber oído contar tantas cosas extraordinarias y hasta por haberlas visto, era crédulo en muchos casos, y a cada momento esperaba la aparición de alguna de las maravillas con tanta confianza anunciadas por Chemaeddin.

Veintisiete días habían transcurrido en medio de los sucesos más ordinarios. Al fin se dijo el Sultán: «Las maravillas no vienen a buscarme a mi palacio; es preciso adelantarse a ellas y bajar a Bagdad solo, sin compañero alguno de mis aventuras.»

Y disfrazado como un beduino del desierto, con una bolsa al cinto, que tenía mil dinares, salió de su palacio. Apenas había recorrido dos calles, vio a un hombre salir de un jan, diciendo en alta voz: «¡Esto es maravilloso!»

—¿Qué maravilla es ésta? —le preguntó Harún, acercándosele.

—Una vieja —le contestó— que parece estar en la mayor pobreza. Desde por la mañana lee el Alcorán junto a la mezquita, tan corrientemente, de modo tan perfecto como Dios lo ha dictado a nuestro señor el Profeta Mahoma, y nadie, aunque ella la pide, le da una limosna; y esto sucede en un país sometido a la ley musulmana. ¿Se puede ver nada más maravilloso?

El Califa, después de oír a aquel hombre, entró en el jan y vio a la anciana de quien acababan de hablarle. Estaba sentada sobre un banco de piedra y leía el Alcorán con una claridad, con una facilidad singulares; llegaba al último capítulo. Harún se detuvo para escucharla, y vio que, en efecto, una multitud la rodeaba con respetuosa atención, pero que nadie le daba un dirhem. Así que terminó la lectura, cerró el libro, se levantó y se fué.

Siguióla Harún para darle limosna; pero como había mucha gente entre los dos, antes que pudiese alcanzarla vio que entraba en la tienda de un comerciante. Curioso por saber qué clase de mujer era aquella, qué podría hacer en la tienda, ya que su aspecto de miseria no parecía indicar que pudiese tener intención ni medios de comprar nada, la siguió y vio que estaba hablando con el propietario de la tienda. El Califa se acercó, sin ser apercibido, escuchó atentamente y oyó que ella decía al comerciante:

—Buen hombre, tú no estás establecido; ¿desearías casarte con una hermosa doncella?

—Podiera convenirme —le contestó él.

—En este caso —prosiguió la mujer— no tienes que hacer más que seguirme: voy a mostrarte una maravilla de la naturaleza.

Y se pusieron en marcha, seguidos de cerca por el Califa, a quien empezaba a interesar la aventura. La vieja llegó a su casa, abrió la puerta, hizo entrar al curioso que la acompañaba, quitó la llave y cerró tras sí. Harun Arraxid hubiera perdido el viaje, si el ojo de la cerradura no hubiera sido bastante grande; por allí se puso a mirar. Vio al comerciante de pie y solo; al cabo de un momento, salió la anciana, trayendo de la mano a una joven de extraordinaria hermosura, la cual, notando que en la habitación había un

hombre, se cubrió con su velo, llena de confusión, y se retiró apresuradamente, recriminando a su madre por tal acto. La madre se excusó, y, dirigiéndose al comerciante, empezó la conversación, que Harun Arraxid oía por el ojo de la llave.

El comerciante, admirado de la belleza de la joven, la pidió a su madre en matrimonio. Esta le exigía como dote ocho mil dinares, cantidad que pareció excesiva al comerciante, que saludó y se retiró.

Pasó un momento y se presentó en casa de la vieja Harun Arraxid, en persona. La joven que él acaba de ver sobrepujaba en belleza a la princesa de Persia, que según la Ley, no era todavía su esposa, a quien él había condenado a muerte y dejaba consumirse en un calabozo, esperando el resultado de una profecía de Chemaeddin, de la cual dependía su suerte y la del infortunado ministro.

—¿Qué deseas? —le preguntó extrañada la vieja.

—Vengo, señora, de parte del comerciante que acaba de salir de aquí, a decirte que no debes pensar más en él.

—Ya lo sé —contestó secamente la anciana.

—Pues bien —le dijo el Califa— dámela a mí por esposa; yo estoy dispuesto a contarte los ocho mil dinares, y todo lo que quieras exigir para arreglar la casa y para tus caprichos; no te pondré límites.

La vieja miró aquel hombre de pies a cabeza, no sospechando quién podría ser y le dijo con desdén:

—¡Ladrón, más que ladrón! Porque tienes trazas de eso; ¿piensas saltar la caravana de la Meca para dar ocho mil dinares, y tanta ropa, vestidos y muebles? No, tienes con qué taparte y... ¡Sal, sal de aquí, bandido, o grito pidiendo socorro!

—Que yo sea ladrón o no lo sea no es cuenta tuya —contestó cachazudamente el Califa—. Yo me ofrezco a darte ahora mismo los ocho mil dinares; a eso añadiré un regalo para ti, que ya verás como es cosa de importancia, más los muebles...

—Tú —le interrumpió la vieja— piensas burlarte de mí; pero hay buena justicia en Bagdad. No se puede cualquiera mofar impunemente de una pobre mujer sin defensa. Yo te cojo la palabra: si no la cumples y vienes halagándonos con mentiras, el Príncipe de los Creyentes hará que te ahorquen esta misma tarde.

—Acepto las condiciones y estoy pronto a firmarlas —dijo el Califa—; yo me desposaré con tu hija, y ya verás como mantengo mi promesa.

En esto la mujer le hizo entrar en su cuarto, en donde él se sentó y la dijo:

—Toma tus precauciones contra mí en tu ausencia. Encierra bien a tu hija, ve a casa del cadí fulano, que está cerca de aquí, y dile que un hombre que se llama *Albunducani* le reclama: que venga inmediatamente.

—¿Y piensas tú —replicó la mujer— que el cadí va a venir aquí por un hombre de tu calaña? Si eres rico, tanto peor para ti; seguramente lo serás con bienes mal adquiridos. Tú no eres más que un desharrapado y todo un cadí se va a poner en movimiento por tu linda cara...

—Anda, mujer, anda —le dijo el Califa sonriendo—; no te aturrules por nada; di al cadí que venga y que se traiga papel y plumas.

La vieja se determinó al fin a ir a casa del cadí. «Si el juez viene —iba pensando—, a la primera indicación de éste que se propone entrar en mi familia, puedo dputar, desde luego, a mi futuro yerno por un respetable jefe de bandoleros. Mas, o el cadí hace lo que voy a decirle, o es necesario que él me libre de semejante bribón.» Haciendo tales reflexiones, llegó la vieja a la casa del juez. No quiso entrar a la casa en que el juez estaba con muchas personalidades de la ciudad; la vergüenza que sigue a la pobreza y el temor de ser echada a la calle, la detenían. «Sin embargo —se decía—, si no entri, no adelantaré nada».

(Continuará en el número próximo.)

LA MONITA REINA

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Pues, señor, había una vez un rey y una reina que tenían tres hijos; los dos mayores, muy ambiciosos y orgullosos, mientras que el pequeño era bueno y repartía entre los menesterosos cuanto le daba su padre, por lo que todos los pobres del reino le adoraban.

Un día reunió el rey a sus tres hijos para decirles: «Habéis de saber, hijos míos, que como ya voy siendo viejo, quiero entregaros cuanto poseo antes de mi muerte, para que luego no haya disgustos entre vosotros. Id por ahí a buscar esposa, y aquel de los tres que la encuentre más hermosa y adornada de mayores virtudes, será el rey; os doy para ello el plazo de un año.»

A la mañana siguiente partieron los hermanos y se despidieron en una encrucijada. Los dos mayores eligieron los caminos que conducían a dos magníficas ciudades y dejaron al pequeño que se internase por el bosque, el único sitio por donde podía seguir, puesto que era condición que no habían de ir reunidos.

Próximo a cumplirse el plazo dado por el rey a sus hijos, volvieron éstos a encontrarse en el mismo sitio donde un año antes se separaron; los dos mayores, llevando a caballo a sus respectivas mujeres: dos hermosísimas princesas, con las que se habían casado, y que traían para que su padre y la corte juzgasen cuál de ellas era más digna de ser la reina de aquella gran nación.

Inútil fué que esperaran durante largo tiempo la vuelta del más pequeño de ellos, porque éste no pareció ni había noticias de él, como si la tierra se lo hubiera tragado. Pero ¿cómo había de llegar?

Me figuro que estaréis deseando saber algo de la suerte que había corrido, o si los lobos se lo habían comido en el bosque.

Apenas se separó de sus hermanos y cuando sólo llevaba andado muy poco camino, se encontró perdido en la espesura. Lejos de orientarse, cada paso que daba sólo servía para que el pobre príncipe comprendiera cuán grave era su situación y que sólo el auxilio divino podía socorrerlo y salvarlo. Cansado ya de andar y como estuviera muy entrada la noche, sentóse en el tronco de una gran encina, y allí se quedó dormido con un sueño pacífico —como el que siempre proporciona una conciencia tranquila—, y con la fe puesta en Dios, seguro de que no había de abandonarle, reposó. Ya era bien entrada la mañana, cuando unos fuertes gemidos lo despertaron, y, guiándose por ellos, corrió hacia el sitio de donde partían. Quien los profería era una pobre viejecita que, cargada con un haz de leña, había tropezado, cayendo a un barranco y rompiéndose una pierna. Con una agilidad verdaderamente asombrosa descendió al fondo y pocos momentos ponía a salvo a la pobre ancianita, librándola así de una muerte cierta. La infeliz mujer no sabía cómo demostrar su agradecimiento a su salvador y rogó a éste que la condujera a su pobre choza.

Después de andar mucho tiempo y guiado siempre por la viejecita, se encontró ante una vivienda de aspecto muy pobre; pero tan limpia y bien arreglada, que el príncipe no pudo por menos de manifestar su admiración; admiración que aumentó hasta convertirse en verdadero asombro, cuando vió que quien arreglaba y cuidaba de todo con tanto esmero era una monita lindísima, pues aun cuando dice el refrán que «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda», la de nuestro cuento era tan pizpireta y elegante y llevaba con tanta gracia unos bonitos vestidos y un moñito que siempre se ponía sobre la oreja izquierda, que no podía por menos de agradar a cuantos la contemplaban. Se expresaba con tanta perfección como si hubiera estado educada en un buen colegio. La pobre monita se

llevó un susto horrible al ver aparecer a la que ella llamaba madrina en brazos de aquel príncipe tan guapo; y como no estaba acostumbrada a ver gente, fué preciso que le explicaran lo ocurrido para que aquel temor desapareciera, sintiendo en seguida un agradecimiento sin límites hacia aquel caballero que tan bueno era y con tanto agrado y cariño la ayudaba a curar a la pobre viejecita herida. En poco tiempo Monita y el príncipe se hicieron unos buenos amigos, y éste temía abandonarlas, pues comprendía que la viejecita no podría, con tantos años, resistir una herida tan grave, y entonces el abandono de Monita sería grandísimo y su pena, inmensa, al verse en aquella so-

ledad. Esto unido a las súplicas de la pobre mujer, se decidió a quedarse allí hasta que la viejecita muriera, como sucedió, en efecto.

Una noche hallándose rodeada de Monita y del hijo del rey, y sintiéndose morir, les dijo:

—Hijos míos, como comprendo que mi fin está cercano y es mucho lo que os quiero, voy a daros un consejo y entregaros el único capital que poseo. El consejo es que hagáis siempre bien a todo el mundo; y tened la seguridad, de que si así lo hacéis, encontraréis la recompensa del cielo. Conmigo habéis sido muy buenos, y yo, como premio, te entrego a ti, príncipe, este cofrecito, que no abrirás de ningún modo hasta que la Monita te lo mande.

Y diciendo esto, expiró.

Mucho lloraron la Monita y el príncipe a su pobre vieja y, no teniendo ya nada que hacer allí, decidió éste volver a su palacio, llevándose a aquélla con la que se había casado, para presentarla a sus padres.

Un día, cuando sólo faltaban cinco para la terminación del plazo fijado por el rey para escoger reina entre las esposas de sus hijos, y cuando nadie lo esperaba, se presentaron en la corte nuestros amiguitos. Inmensa fué la alegría de los reyes al ver a su hijo, a quien lloraban por muerto; pero mayor fué aún la indignación del rey, al





preguntarle al príncipe por su esposa y presentarle éste a la Monita. Inútil fué que la pobre hiciera cuantas *monerías* estuvieron a su alcance para procurar agradar al rey, pues sólo consiguió aumentar más su furor, y que toda la corte, y muy particularmente los hermanos mayores y las princesas, se rieran a más no poder; y hasta hubo alguno de los presentes, peor educado que los demás, que tiró del rabo a la pobre Monita que, toda avergonzada, no sabía dónde esconderse.

—Inmediatamente que sea arrojado de palacio este horrible animal —dispuso el rey en el colmo de la indignación.

Ya iba a cumplirse la orden, cuando adelantándose el príncipe declaró, muy formalmente, que si la Monita se iba, él la seguiría y juntos correrían la misma suerte. Entonces, ante las súplicas de la reina y sus lágrimas por temor a perder a su hijo predilecto —porque tanto ella como el rey era al que más querían—, calmóse éste y ordenó que la Monita no saliera de palacio, pero que en vez de ponerla habitaciones como las de las princesas, se la enviara a una de las cuadras con orden de no moverse de allí ni subir para nada a los salones del palacio.

Al terminar el quinto día, o sea al llegar el fijado para la elección de reina, se presentaron los dos hermanos mayores acompañados de sus esposas y cada cual decía que a él correspondía el trono por ser su esposa la más bella. Tanto porfiaban que al final entablaron una gran disputa, siéndole preciso al rey hacer uso de toda su autoridad para que los dos hermanos no llegaran a las manos: tan grande fué su acaloramiento. Más el rey puso término a la discusión, diciendo:

—Puesto que vuestras mujeres son igualmente hermosas, verdaderamente es muy difícil decidir cuál de las dos ha de ser reina; pero es preciso no contentarse sólo con la belleza de vuestras esposas. Es necesario, además, que la elegida esté adornada de las mayores virtudes; deseo saber además cuál de las princesas es la más hacendosa, para lo cual deberá cada una hacer una camisa, y aquella que ejecute la labor con más primor será la elegida.

Grande fué el disgusto de las princesas cuando se enteraron de lo que el rey había dispuesto, pues ninguna de ambas sabía coser; así es que las camisas no pudieron hacerlas de peor manera. Por el contrario, la Monita se puso muy contenta y rogó a su marido que pidiera un pedacito de tela para hacer ella una de estas prendas.

En vano pidió el príncipe la tela, consiguiendo tan sólo que se rieran de él. Reunióse el rey con su corte, y cuando estaba examinando con gran disgusto las labores, pues veía que ninguna merecía por su desaplicación el premio prometido, presentóse un criado, que sobre una hojita de parra traía una nuez y dentro una camisa hecha con tela de cebolla, tan primorosamente fabricada y tan fina y bien concluida, que todos manifestaron su admiración. Atónito estaba el rey examinando perfección tan grande, cuando al preguntar por qué manos tan admirables estaba hecha, respondióle el príncipe más joven:

—Señor, esto lo ha hecho mi esposa, la Monita.

—Está bien —contestó el rey—, pero no me conformo con esta prueba; es preciso que vuelva a poner condiciones. Ahora deseo que me hagan unos calzoncillos, y después de ver quien los confecciona con más acierto y primor, decidiré.

Otro tanto volvió a ocurrir en esta ocasión, pues la labor premiada fué la de Monita, que dentro de una cáscara de avellana presentó los calzoncillos más bonitos que se habían presentado sobre la tierra. Enorme fué el disgusto del rey al ver que tenía que conceder el premio a la Monita; pero mayor fué el de los príncipes mayores,

los que juraban que nunca consentirían que la Monita llegara a ser más que sus esposas, y tan furiosos estaban, que amenazaban con matarla.

Entonces el rey, para evitar disgustos, puso como condición final y definitiva la de conceder el Trono a aquella de las tres que tuviera su habitación más lujosa y, sobre todo, más limpia y mejor arreglada. Esta última condición la puso el rey con las peores intenciones, pues como sabía que la Monita tenía como único aposento una cuadra, estaba seguro que de ella nunca sería el triunfo; y así debieron creerlo todos, porque el joven príncipe bajó en busca de Monita, todo desolado, dándole cuenta de la determinación de su padre y lamentándose de que ella nunca pudiera tomar parte en esa prueba, puesto que todos se reirían si les hacía bajar a su humilde estancia.

No te apures —exclamó la Monita, llena de gozo—. Saca el cofrecito que mi madrina te entregó.

Así lo hizo, y al abrirlo se encontró con un blanquísimo huevo de avestruz, cuidadosamente guardado entre pieles de gran valor.

—Guarda ese huevo —le dijo—, y cuando entre tu padre con toda la corte, y antes de que el último paje haya atravesado el umbral de la puerta, ponte en medio de la habitación y con todas tus fuerzas lanza el huevo contra mi frente, procurando me dé entre las cejas; no te preocupes de más, y sube y dí a tu padre que la pobre Monita desea también enseñarle su humilde, pero limpio, aposento, como pueda tenerlo la mejor princesa del mundo.

Así lo hizo el príncipe, y a la hora fijada por el rey, éste, seguido de la reina, príncipes y de toda la corte, empezó a recorrer las habitaciones y salones de las princesas, en primer lugar, dejando para lo último la cuadra que servía de vivienda a Monita.

Cuando descendieron a ella —que por cierto la tenía que era un encanto de limpia—, salió ésta a recibirlos con todos los honores, muy bien peinada y compuesta con todo lo mejorcito que tenía y sin cesar de hacer mohines con el hociquito, cosa que le sentaba muy bien y le hacía mucha gracia.

Cuando ya todos, dentro de la estancia, comenzaban a examinarla, colocóse el príncipe en el centro, y sacando el huevo que la Monita le había entregado, lo arrojó contra ésta, estrellándolo en su frente con todo acierto. Lo que allí ocurrió entonces, es difícil de explicar.

La Monita quedó convertida en la princesa más hermosa que puede soñarse: su vestido era de oro y plata, bordado con hilos de perlas; unos largos collares de hermosas esmeraldas rodeaban su garganta, y los zapatitos eran de cristal y piedras preciosas. En cuanto a la habitación, quedó convertida en un magnífico salón, cuyas paredes estaban forradas de las más ricas telas, y bordadas en ellas cuantas aves vuelan en el espacio; magníficas cortinas de brillantes y rubies caían en forma de guirnalda hasta el suelo, el cual se hallaba tapizado con las más bellas y aromáticas flores.

Inútil es decir el asombro de todos, y que el rey proclamó reina a la Monita, no sólo porque en ella se reunían las mayores virtudes, sino porque era además la princesa más hermosa que jamás se había conocido.

Y dicen que desde que la Monita fué reina, se acabaron en la Corte todas las miserias, pues no había desgracia que ella no socorriera, ni lágrima que no secara.





¡NOS INCLINAMOS ANTE TI, COLORÍN!

¡ERES EL REY DE LAS COMBINACIONES!

¿CÓMO EL REY? ¡ELAS!

COLORÍN Y SU PANDILLA



OYE, COLORÍN, HOY TENÍAMOS QUE JUGAR AL FUT-BOL Y NO TENEMOS PELOTA. ¿CÓMO NOS LAS ARREGLIAMOS PARA COMPRARLA? ¡PORQUE NO TENEMOS UN CENTIMO!

¡Y CUESTA NADA MENOS QUE UNA PESETA!

¡PUES SI QUE ESTAMOS BIEN! ¡YO TAMPOCO TENGO DINERO! ¿CÓMO ME LAS ARREGLIARÉ YO PARA SACAR ESA PESETA?



¡PUES SI QUE ESTAMOS BIEN! ¿DE DÓNDE SACO YO ESA PESETILLA? ¡Y EL CASO ES QUE NO TENGO MÁS REMEDIO QUE PROPORCIONÁRMELA!

¡COLORÍN! ¡TE ESTOY BUSCANDO POR TODAS PARTES! ¡ANDA, QUIERO QUE ME HAGAS UN FAVOR!



MIRA, TENEMOS EN CASA UN BAILE DE MÁSCARAS ESTA TARDE Y NECESITAMOS UN REY. NO DIGAS QUE NO. YA TENEMOS LAS CORONAS, Y ADEMÁS, VA A HABER MUCHOS PASTELES, Y CHOCOLATE, Y DULCES.

¿Y QUEREIS QUE YO HAGA DE REY GRATIS? ¡CA, HOMBRE! ¡SI QUEREIS QUE YO SEA EL REY, ME TENÉIS QUE DAR UNA PESETILLA, POR LO MENOS!



¿QUÉ DICES? ¡LO JUSTO SERÍA QUE PAGASES TÚ ESA PESETA POR VENIR A LA FIESTA! ¡YA VES, LOS DEMÁS NIÑOS VAN A PAGAR ESO!

¡SI, SI! ¡PERO NINGUNO DE ELLOS ES REY! ¡ME PARECE QUE MÁS BARATO! ¡UNA MISERABLE PESETILLA!



¡BUENO, HOMBRE, BUENO! ¡SI TE EMPEÑAS, MAMÁ TE DARÁ UNA PESETA! ¡PERO NO CREO QUE QUIERAS QUE TE LO PAGUEN ADELANTADO!

¡ESO SIEMPRE SE PAGA ADELANTADO! PERO, BUENO, ME CONFORMARÉ CON QUE ME LO DEIS DESPUÉS. ¡YA VES SI ME FIO DE TI!



TE ESTÁBAMOS ESPERANDO, COLORÍN. TOMA TU CORONA.

MAMÁ, LE TIENES QUE DAR LUEGO UNA PESETA A COLORÍN.

¡PERO...! ¿YO ME TENGO QUE PONER ESO EN LA CABEZA? ¿NO PUEDO SER REY Y LLEVAR MI GORRA?



¿DÓNDE VAS, COLORÍN? ¿NO VES QUE YA ESTAMOS TODOS PREPARADOS?

¡EN SEGUNDA VUELVO. ES QUE SE ME HA OLVIDADO DECIR A MAMÁ DÓNDE IBA.



VOY A VER SI ENCUENTRO UN MODO MÁS RÁPIDO DE GANARME ESA PESETA. ¡SI ME VE ALGUNO DE MIS AMIGOS CON ESTA CORONITA, ME VAN A TOMAR EL PELO DE VERDAD!



¡HOMBRE, ME VIENES AL PELO! ¿QUIERES IR A UN BAILE DE MÁSCARAS DE POSTÍN Y COMERTE TODOS LOS PASTELES Y EL CHOCOLATE QUE HAY ALLÍ? NO TIENES MÁS QUE PAGAR UNA PESETA Y YO TE HAGO REY DE LA FIESTA.

¿Y CÓMO VAN A SABER QUE YO SOY EL REY? ¿QUIÉN SE LO VA A DECIR?



¡NOTE APURES. EL REY DE LA FIESTA SOY YO Y TE VENDOMI REINO POR UNA PESETA. NO TIENES MÁS QUE PONERTE ESTA CORONA PARA QUE TE RECONOZCAN. DICES QUE TE HE MANDADO YO. ESTÁN AGUARDANDO AHÍ, DETRÁS DE LA ESQUINA.

¡HUY, QUÉ ALEGRÍA! ¡INADAMENOS QUE SER REY!



¡AQUÍ ESTÁ EL REY, SEÑORES! ¡COLORÍN ME HA DICHO QUE ME ESTABAN ESPERANDO!



¡ANDA, COLORÍN, VAMOS A ESTREÑAR LA PELOTA QUE HAS COMPRADO!

¡JUEGO!



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



PROGRAMA
PARA HOY

LA ISLA DESIERTA

Sensacional!

GRAN CINE



Abandonado en una isla desierta.

La tormenta pasó, dejando tras sí desolación y destrucción. Colin Wood abrió los ojos y se encontró tumbado en la pendiente de una loma cubierta de césped. De pie, junto a él, estaba un individuo de barba vestido con el uniforme de marino mercante, y echado también en el suelo y muy cerca del capitán estaba el guardia marina Spring.

—¡Qué horrible pesadilla! ¡Gracias a Dios que ha pasado! —exclamó Colin al abrir los ojos.

El individuo de la barba asintió con la cabeza y dijo:

—Ha sido usted muy afortunado.

—¿Puede usted decirme algo de lo que pasó? Estoy tan aturrido que no recuerdo nada.

—Yo no sé de dónde venía usted —respondió el otro—. Sólo sé que al pasar la ola sobre esta isla los dejó a ustedes enganchados en las ramas de este árbol.

Y el marino señaló a un árbol grueso de tronco corto que crecía en la loma a algunos metros de donde estaba Colin.

—Yo me refugié en lo alto de la co-



lina y así pude evitar el peligro de ser arrastrado; pero hasta que la marea bajó no los vi a ustedes.

—Entonces supongo que será a usted a quien habrá que dar las gracias. El individuo de la barba contestó sonriendo.

—A quien tienen ustedes que dar las gracias es a su buena estrella por haber quedado enganchados en uno de los pocos árboles que no han sido destruidos.

Colin Wood se puso en pie y preguntó: ¿Supongo que no habitará usted en Korela?

—No, señor. Hace poco temía tener que estarme aquí solo mucho tiempo, porque me han dejado abandonado aquí; pero si su barco de usted viene hacia esta isla, entonces mi estancia en ella va a terminar muy pronto.

Colin miró en la dirección que el marino señalaba, y vió con gran regocijo que el *Hurricane*, después de desafiar bravamente la tormenta, corría hacia la isla de Korela.

—Ahora tendría mucho gusto en saber cómo ha quedado usted abandonado en este solitario lugar.

—Y yo tendré mucho gusto en decírselo a usted. Yo me llamo Harvey y soy capitán de un barco pequeño: el *Marion*.

—¿Un barco de carga?

—No es precisamente de carga. Verá usted; yo he sido contratado por Myra Pearl, una Compañía muy fuerte de pesca de perlas, y que tiene establecidas unas cuantas estaciones de pesca por estas islas del Pacífico. Tengo que ir dos veces por año a todas las estaciones y recoger las redadas de perlas. Y terminaba de hacer uno de estos viajes en el *Marion* cuando me ha sucedido esto.

El capitán Harvey continuó relatando que, mientras iba de vuelta llevando un valioso cargamento de perlas a bordo, la tripulación se había insubordinado, le habían robado, dejándole, por último, abandonado en Korela.

—¿Y toda la tripulación, incluso los oficiales, se han vuelto contra usted? —preguntó Colin con incredulidad.

—Sí, señor. Poco antes de emprender este viaje cayó enfermo mi

primer piloto y tuve que meter otro; éste resultó un pillo redomado, y, a fuerza de prometerles a los demás grandes recompensas, consiguió que toda la tripulación se sublevara.

—¿Cuánto tiempo hace que el *Marion* le dejó a usted aquí?

—Esta mañana al amanecer. Me trajeron aquí por la noche y, con las primeras luces del día, el barco partió.

—¿Y no sospecha usted qué dirección han tomado los rebeldes?

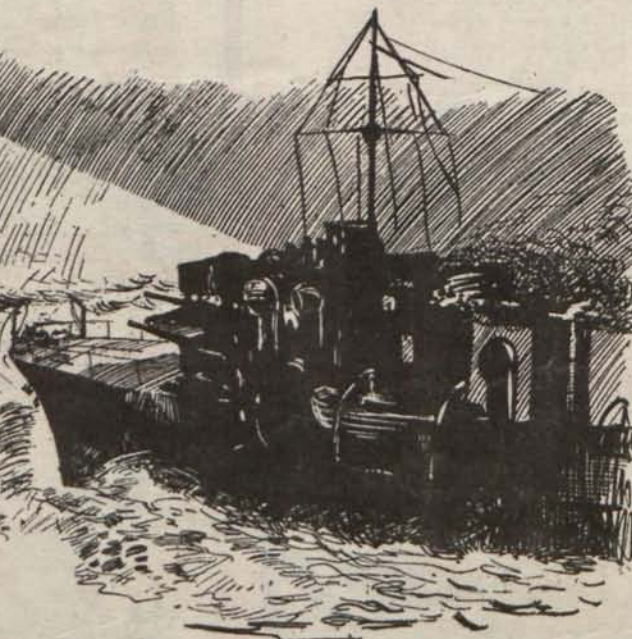
—No tengo la menor idea. Pero lo que sí sé es que ellos no son capaces de ir muy lejos, a menos que se detengan a carbonear en la isla de Shark, porque las carboneras del *Marion* no llevaban combustible más que para hacer unas quinientas millas todo lo más.

—Pues navegaremos hacia la isla de Shark, porque si los rebeldes no sospechan que hay probabilidades de seguirles la pista, probablemente carbonearán ahí para seguir navegando hasta uno de los puertos sudamericanos.

Y Colin Wood, dispuesto como siempre para cualquier aventura que se le preparase, esperaba con impaciencia la llegada de sus camaradas del *Hurricane*.

Entre las rocas.

Lo primero que hizo al reunirse otra vez a su barco fué cursar un aerograma a la estación carbonera de la isla de Shark preguntando si había llegado allí el *Marion*. La contestación llegó inmediatamente.



te, diciendo que no había carbonado en aquel puerto ningún buque de las características del *Marion*. Colin Wood no se desanimó por estas noticias suponiendo que, en vista de la tormenta que él sospechaba se habría extendido en todos aquellos alrededores, era muy probable que el *Marion* hubiera tenido que acortar muchísimo la velocidad. Y así, después de telegrafiar a la isla de Shark para que le notificaran la llegada de él, dió orden de que el *Hurricane* navegara a toda velocidad hacia la estación carbonera.

El destroyer se mantuvo durante las tres horas siguientes sin apartarse de su ruta y sin que en todo ese tiempo encontrase embarcación alguna. Llegó la noche, y el destroyer continuaba alumbrando los mares en todas direcciones con los reflectores. Hacia media noche, uno de los potentes focos iluminó el espectáculo más asombroso que los tripulantes del *Hurricane* habían jamás contemplado: en frente de ellos levantábanse dos peñascos altos, que eran como dos columnas iguales, que sobresalían cincuenta pies por encima del nivel del agua, y, encajado firmemente entre ellos, estaba un barco de carga de una sola chimenea.

El capitán Harvey, que acababa de subir al puente después de un merecido descanso, quedóse asombrado contemplando tan extraño espectáculo, y, volviéndose a Colin, gritó con alegría:

—¡Mr. Wood! ¡Mr. Wood, ese barco es el mío! ¡Es el *Marion*!

Colin Wood mantuvo los gemelos fijos en los ojos, y la luz de los reflectores quedó alumbrando el barco incrustado entre las rocas, levantado a una altura grande sobre el mar.

—No hay nadie en él; pero no es extraño, teniendo en cuenta la posición en que se halla —dijo el capitán del *Hurricane*.



—La tripulación puede muy bien haber bajado por entre las rocas después de chocar el barco contra ellas —sugirió Harvey.

Acercóse el *Hurricane* a las rocas todo lo más posible, dentro de los límites de la prudencia, y Colin, Harvey y seis marineros de los más fuertes bajaron desde el *destroyer* a un pequeño bote.

El mar, como estaba en calma, les permitió desembarcar en la base de las rocas, y de allí dispusieron a ascender por uno de los lados de las escarpadas columnas. Era peligroso y difícil, pero los valientes marineros no cesaron en la empresa hasta hallarse bajo la quilla del barco empotrado.

Con los reflectores del *Hurricane* pudieron hacer una inspección más detallada, y vieron que la proa estaba completamente deshecha, a pesar de que quedaba fuera de las rocas.

—¿Qué opina usted de esto, Mr. Wood? —preguntó Harvey.

—Pues que se ve claro que el *Marion* se estropeó antes de llegar aquí. Yo creo que debió estrellarse contra algún bajo, y que, al hundirse, la tripulación huyó en los botes, dejándolo abandonado. En este punto es cuando debe de haber sobrevenido la tormenta, y el barco, indudablemente, fué arrastrado por una ola, acabando por venir a parar donde está ahora.

—Sí, creo que «ha dado usted en el clavo» —comentó Harvey.

—Vamos a subir a bordo —continuó diciendo Colin—; porque, aunque no es fácil que encontremos en él las perlas, conviene que nos cercioremos.

La pequeña partida trepó a la cubierta del buque y pronto se convencieron de que su indagación había sido hecha en balde. A pesar del peligro, la tripulación insubordinada había tenido tiempo para reunir las perlas y llevárselas consigo.

—¡A esos bribones les acompaña la suerte! —dijo Harvey malhumorado.

Colin Wood sonrió:

—Todavía no estoy muy seguro de que puedan cantar victoria, capitán; porque si usted se encontrara perdido por estas aguas en un bote, ¿hacia dónde se dirigiría usted?

—¡Hombre, me dirigiría a la tierra más próxima! —replicó Harvey—, y la única tierra que hay en setenta millas a la redonda es una isla cuyo nombre no recuerdo ahora.

—Es la isla de Blackbeach —dijo Colin—. Y creo que nos merece la pena visitarla. No se desanimen usted, capitán; porque los rebeldes del *Marion* todavía no han ganado el pleito.

La isla de Blackbeach.

La tarea de bajar por las rocas fué más dificultosa que lo había sido el subirla, y hasta media hora más tarde no se encontró a bordo del *Hurricane* la partida de Colin. En seguida empezó el barco a navegar con rumbo a Blackbeach, que se hallaba situado a setenta millas del lugar donde estaba el *Marion*. El *destroyer* navegaba ahora sin hacer uso de los reflectores, porque suponía Colin que los rebeldes debían de estar ya en la isla y no quería que el *Hurricane* diese señales de su llegada. Y a una milla de la isla el *destroyer* apagó las luces, y al llegar a la gran bahía que hay al Oeste de Blackbeach bajaron los botes al agua.

Blackbeach había tomado este nombre por estar completamente circundada de un espeso cinturón de árboles corpulentos que se extendían casi hasta la orilla del agua. Eran unos árboles tan altos, y crecían con tal profusión, que ocultaban por completo la vista del interior de la isla.

Los botes del *Hurricane* llegaron a la orilla, y allí, Colin Wood, juntó a sus hombres. Era indudable que entre los indígenas se celebraba alguna fiesta, porque se oía a distancia el redoblar de tambores y voces monótonas de hombres cantando cánticos funerales. Esto en sí no era sorprendente, no obstante lo avanzado de la hora, porque era muy posible que los habitantes de la isla estuviesen celebrando alguna de las extrañas fiestas tan comunes entre las tribus de las islas del Sur. Como no entraba en el deber de Colin el entremezclarse en esta clase de ritos, después de desembarcar permaneció un rato vacilando sobre lo que debía de hacer.

Al fin el marinero Bob Luck le hizo decidirse mostrándole una gorra de marinero que acababa de encontrar y que estaba atravesada por una flecha.

Colin la examinó y vió que en el forro tenía escrito toscamente, con lápiz tinta, un nombre.

—¿Conoce usted a alguien que se llame García? —preguntó a Harvey.

—¡Claro que sí! ¡García es el nombre de mi primer piloto!

—Entonces ya está explicada la cosa. ¡Estos rebeldes desgraciados han caído en manos de los indígenas, y de ahí la fiesta que están celebrando en el interior de la isla! Seguidme —añadió volviendo—

se a sus hombres— y llevad las armas preparadas; pero no hagáis uso de ellas a menos que sea necesario.

La partida del *Hurricane* se metió por entre los árboles; en el bosque la oscuridad era tan impenetrable que el avance se hacía muy lento; pero Colin y sus compañeros se guiaban por los sonidos de la fiesta, dirigiéndose sin vacilar hacia aquella parte de la isla de donde venían los cánticos y los redobles de tambores.

El cinturón de árboles tenía lo menos dos kilómetros de anchura, y anduvieron por él sin detenerse durante cuarenta minutos; por fin la oscuridad se rompía por la luz que arrojaban una docena de hogueras colocadas en círculo alrededor de una extensión inculda de terreno.

Fuera del círculo de fuego estaba sentado el jefe de la tribu de Blackbeach; un monarca grueso, grasiento, que se inclinaba sobre la caja de un tambor; dentro del tambor tenía un montón de perlas, por las cuales el monarca pasaba sus dedos negros como un avaro que se estuviera regocijando en su oro.

Dentro del círculo de fuego estaban varios hombres con lanzas, y los tamborileros; aquéllos blandiendo las armas, y éstos tocando un redoble y dando gritos salvajes a la vez. No fué esto sólo lo que vieron los marineros del *Hurricane*, sino que en el centro del círculo estaban quince hombres blancos, que eran la tripulación del *Marion*, danzando salvajemente al compás del tambor; pero los infelices veíase que no tomaban parte en la fiesta, porque les caía el sudor por el rostro y, al saltar, las piernas parecían querer doblarse.

Cuando Colin contemplaba aquella escena, dos de los blancos cayeron rendidos. Inmediatamente dos lanzas se clavaron en tierra, a menos de un centímetro de distancia de ellos. Los blancos apresuraron a ponerse en pie otra vez, y una vez más se esforzaron por continuar danzando.

Todo esto tenía lugar desde hacía una hora, tiempo suficiente para que los tripulantes del *Marion* comprendiesen que a la primera señal de flaqueo de aquella danza agonizante significaba la muerte. Colin había presenciado, en el curso de su experiencia, muchos modos de tortura, pero ninguno tan cruel como éste, y no pudo por menos de compadecerse de los del *Marion*, cualquiera que fuese el delito que hubiesen cometido.

Entonces se volvió a sus hombres, y ordenó:

—Cuando yo me adelante, cargad conmigo, y cada hombre disparará dos tiros al aire al avanzar.

Echó a andar delante, y a una voz suya los valientes marineros

hicieron una descarga al aire, mientras seguían avanzando.

Al oír los disparos, la música y los gritos de los indígenas cesaron como por ensalmo, y el monarca se puso en pie a ver qué sucedía.

La vista del grupo de marineros fué bastante para atemorizarle, porque sabía que el valor y la fuerza de la marina inglesa se podía medir sólo por un puñado de marineros.

—¡Paz, paz! —gimió postrándose ante Colin.

—Tendréis paz si me obedecéis —dijo Colin—. Y señalando a las perlas, añadió: Recoged todo eso y devolvedselas al capitán blanco, a quien pertenecen. Llamad a esos de las lanzas, y dejad en libertad a todos los blancos.

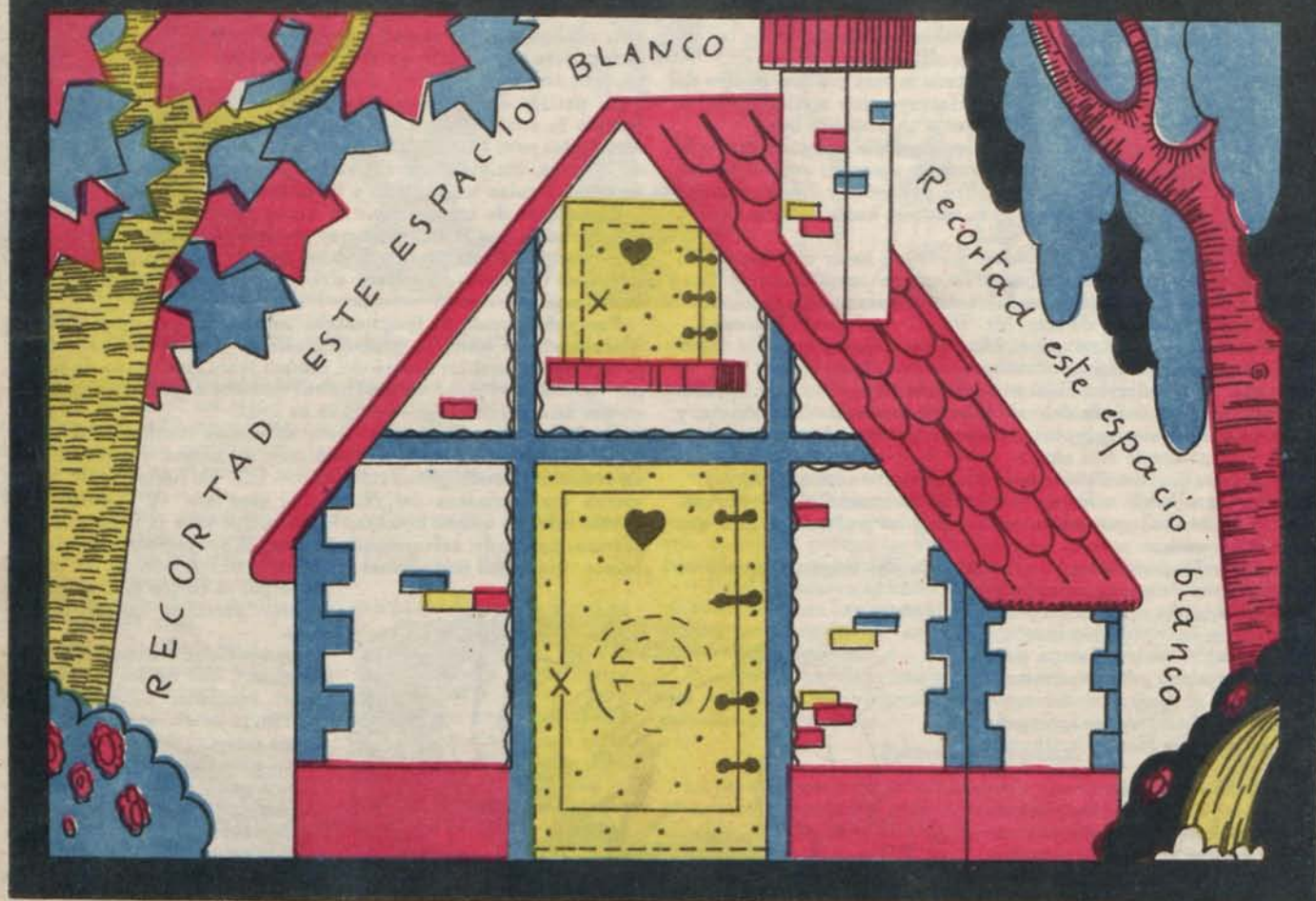
—Su majestad, el capitán británico, será obedecido en seguida —dijo el monarca, temiendo por su pelleja, e inmediatamente ordenó a los indígenas que se alejaran de las hogueras.

Dejando que el capitán Harvey se hiciera cargo de las perlas, Colin Wood entró en el círculo de las hogueras con sus marineros. Los revoltosos del *Marion* yacían tirados en el suelo, completamente agotados y sin respiración.

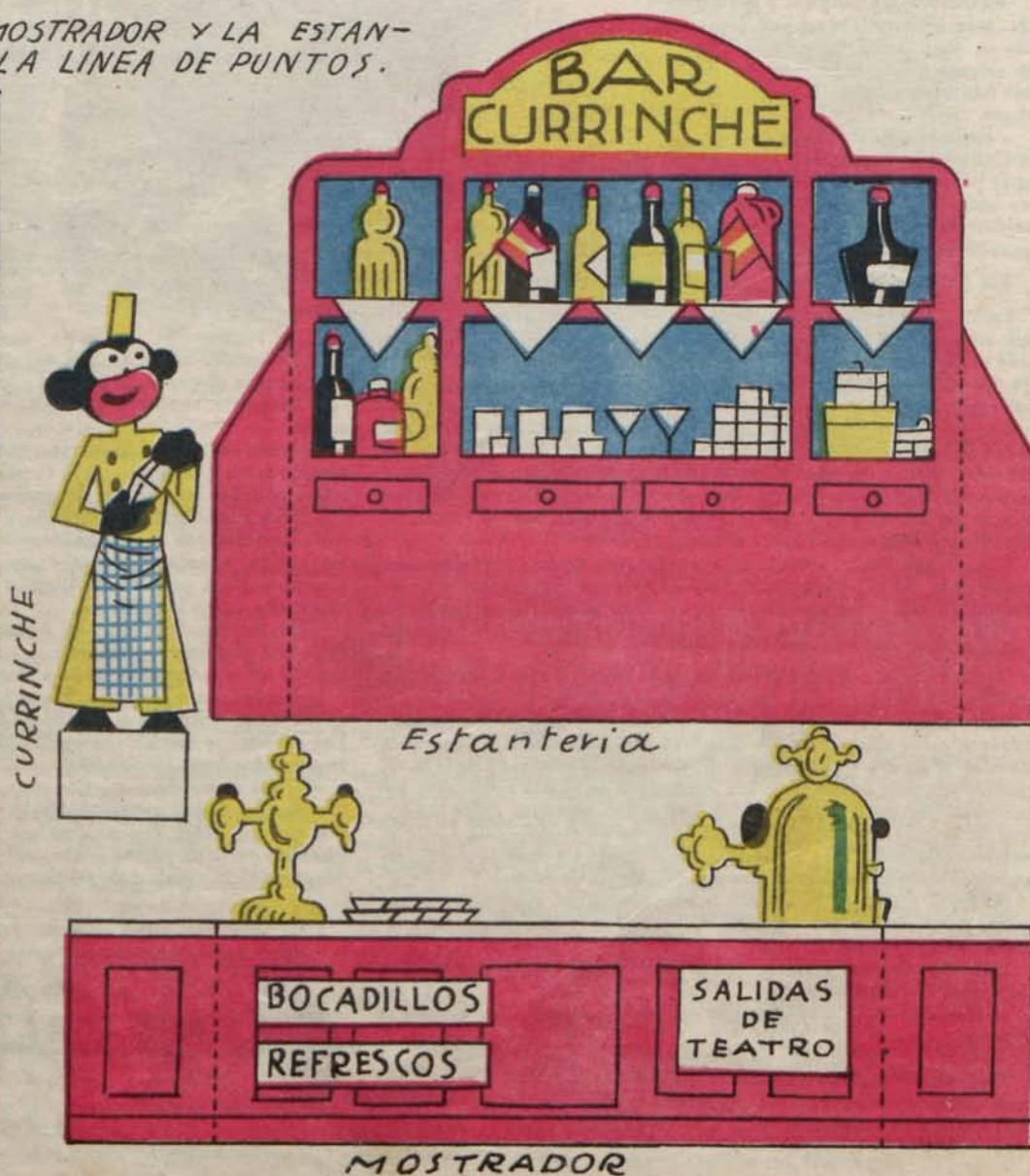
—Colin se volvió a sus hombres, y les dijo:

—Lo siento por vosotros, muchachos, pero esta vez no habrá pelea, porque entre todos estos hombres no hay uno a quien le haya quedado gana de pelear dentro del cuerpo. Juntadlos a todos y llevádselos al *Hurricane*. Aún les queda mucho que purgar.





DOBLAD EL MOSTRADOR Y LA ESTAN-
TERIA POR LA LINEA DE PUNTOS.



EL TEATRO DE PINOCHO

LA CASA DE TURRÓN

CUENTO ESCENIFICADO EN TRES ACTOS

(Continuación.)

PINOCH. ¡Claro! ¿No ves que yo soy también de madera?

LOLÍN. ¡Es verdad!

PINOCH. Yo también he sido rama de árbol, y sé que no hacen mal a nadie.

LOLÍN. Los árboles no serán malos, pero el viento sí, y la noche también... ¡Si vieras!

PINOCH. No temas, Lolín. La noche es también muy bonita, y el viento es un cantor. Mira allá arriba cómo se encienden las estrellas... ¡Mira un rayo de luna cómo se cuele entre las hojas de los árboles!... ¡Cómo lo alegra todo con su luz! (A las palabras de Pinocho, un rayo de luna alumbra el primer término.)

Como supongo que habréis hecho el oscuro de la noche colocando un papel o cartón debajo de la luz y sobre las decoraciones, podéis hacer a este cartón un agujero redondo, que abridéis en el momento oportuno, procurando dar bien, o lo mejor posible, la sensación de rayo de luna. Para esto último es conveniente tapar el agujero con un papel de seda blanco, que mitigará un poco la luz y dará una coloración aceptable.

LOLÍN. ¡Qué bonita es la luna! ¡Qué bonita es la noche!

PINOCH. ¿Ya no tienes miedo?

LOLÍN. Ya no. ¡Cómo has venido!... Y, oye, dime: ¿Es verdad que de noche vuelan las hadas?

PINOCH. Es verdad.

LOLÍN. ¿Habrá hadas en este bosque?

PINOCH. En todos los bosques hay hadas.

LOLÍN. ¡Yo quisiera ver una!... ¿Dónde están?

PINOCH. No hay más que querer verlas y estar bastante limpio de alma para poderlas ver. Pero ten cuidado en no llamarlas, porque ellas se creen que nadie puede verlas, y si las llamas o ellas te ven, desaparecerán, disipándose en el aire. ¡Mira! ¡Mira! (Pinocho ha bajado la voz. Un hada cruza por el fondo, en el aire.)

LOLÍN. ¡Qué bella es! (El hada ha desaparecido.) ¿Por qué se ha ido tan pronto?

PINOCH. Las hadas siempre tienen que hacer.

Para hacer el hada, podéis utilizar que figura entre los personajes, o, mejor, si queréis darle un mayor aspecto sobrenatural, debéis copiar o calcar nuestro dibujo sobre una gasa blanca o sobre un papel de seda transparente y recortar la figura. Para hacerla volar no hay más que atarle un hilo blanco y pasarla por entre los telones números 2 y 3.

LOLÍN. ¡Qué bien has hecho con venir, Pinocho! Ahora casi me alegro de haberme extraviado.

PINOCH. ¿No tienes sueño?

LOLÍN. Un poco, sí; pero ¡no te vayas!...

PINOCH. No me voy, tonta. Es que... verás: con estas hojas que el otoño ha arrancado a los árboles te voy a hacer un buen colchón para que duermas hasta que salga el sol.

LOLÍN. Pero ¡no te vayas si me duermo!...

PINOCH. ¡Si no me voy, mujer! ¡Huy, qué sueño tienes!... ¡Eso se llama bostezar!

LOLÍN. No bostezo de sueño. Es que tengo hambre... No he cenado esta noche.

PINOCH. ¡Eso es peor! ¡Eso sí que no sé cómo arreglarlo! Si alguno de estos señores árboles tuviese la oportunidad de ser frutal... ¡A ver, queridos tíos! ¿No hay ninguno de ustedes que pueda dejar caer unas manzanas, unos melocotones o unas cerecitas?... ¿No?... A ver, mírense bien. A lo mejor alguno de ustedes es frutal, sin darse cuenta. ¿No hay ninguno?... ¡Ay!

LOLÍN. ¿Qué te pasa, Pinocho?

PINOCH. ¡Que me han tirado una nuez a la cabeza!

LOLÍN. Pues dale las gracias a tu tío don Nogal.

PINOCH. ¡Qué le voy a dar las gracias, si por poco me rompe la cabeza!

LOLÍN. ¿Dónde está?

PINOCH. ¿La cabeza?

LOLÍN. ¡La nuez!

PINOCH. ¡Vaya usted a saber! Después de hacerme un chichón a salido disparada.

LOLÍN. ¡Si tiraran más!

PINOCH. ¡No, por Dios! ¡Que no tiren más! ¡No haga usted caso, tío Nogal! ¡Tú no sabes el daño que hacen las cáscaras de nuez!

LOLÍN. ¡Como yo no me las voy a comer con cáscara!

PINOCH. Sí; pero como don Nogal no se va a entretener en partirnoslas...

LOLÍN. No se han portado muy bien con nosotros los señores árboles.

PINOCH. Hija, cada uno da lo que tiene. Don Nogal no tiene la culpa de que su fruto sea tan duro. ¡Claro es que yo tampoco tengo la culpa y se me está hinchando la cabeza del golpe!

LOLÍN. ¡Ay, Pinocho, qué hambre tengo tan horrible!

PINOCH. ¡No te apures, mujer, que me apuras a mí de no saber dónde encontrarte cena!

LOLÍN. ¿Tú no eres mago?

PINOCH. No. Yo no soy más que un muñeco de bien... El caso es que lo más que se me ocurre es... arrancarme una astillita de la nariz para mondadientes.

LOLÍN. Si no he comido, ¿para qué necesito mondadientes?

PINOCH. Llevas razón. Si en los bosques hubiera tiendas de comestibles y panaderías...

LOLÍN. ¡Mira, Pinocho, mira!

PINOCH. ¿Qué?

LOLÍN. ¡Una luz!

Efectivamente, en el fondo de la decoración se enciende una lucecita muy pequeña. Para este efecto no hay más que hacer en el telón de fondo un agujerito... un alfiler y colocar detrás una luz.

PINOCH. ¡Es verdad!

LOLÍN. ¡Vamos en seguida! Seguramente es una casa. Allí nos darán de comer. ¡Vamos!

PINOCH. ¡No! Espera... No me fio de las luces de los bosques. En los cuentos siempre suelen ser cosas poco agradables.

LOLÍN. ¿No dices que el bosque es bueno?

PINOCH. Sí; pero los hombres no lo son.

LOLÍN. ¿No dices que hay hadas en el bosque? A lo mejor es el palacio de un hada.

PINOCH. No te olvides que hay hadas buenas y hadas malas.

LOLÍN. Pues yo voy... ¡No vamos a tener tan mala suerte de que sea la casa de una bruja!

PINOCH. Por si acaso, lo mejor será que nos quedemos aquí a dormir; por lo menos estamos seguros.

LOLÍN. ¡No! ¡Yo tengo mucha hambre! ¡Yo quiero ir a esa luz!

PINOCH. ¡No te metas en aventuras!...

LOLÍN. ¡Claro, como tú eres de madera y no comes no te importa que yo tenga hambre! ¡Eres egoísta y no quieres acompañarme por si te pasa algo! ¡Eso es!

PINOCH. ¿Yo? ¿Yo un egoísta? ¿Yo que soy el más bueno, el más valiente, el más generoso de los muñecos?... ¡Vamos, Lolín, no quiero que digas eso! Me has echo asomar a los ojos lágrimas de resina... ¡Yo no soy nunca un egoísta! ¡Vamos a donde quieras, que si hay peligros yo los arrostraré por tí! ¡Buscaré, hasta debajo de tierra, algo para que tengas que comer! ¡Pues no faltaba más! ¡Vamos a buscar tu cena!

LOLÍN. ¡Por allí! La luz sigue brillando...

PINOCH. Pues... ¡adelante con los faroles!...

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

HISTORIAS DE ANIMALES

BAILE DE DISFRACES

—¡Sí, sí, como cuando aquel señor Noé! —dijo la ardilla diligente, llevando su cola sobre la espalda, como lleva el pez ese hombre de anuncio del aceite de hígado de bacalao.

Todos recordaban, con un poco de alegría, como, después de todo, se recuerda uno de los años de colegio; todos recordaban aquellos cuarenta días terribles, largos, en los que estuvieron encerrados en el Arca, tan estrechos, tan incómodos, molestándose unos a otros, porque no había sitio para todos, porque se había calculado mal el número de bichos que había, y, luego, a última hora, fueron resultando muchos más de los apuntados.

—¡Sí, sí, como entonces! —aplaudió la foca, como en el circo, dando ruidosos palmetazos con sus aletas y moviendo toda su carne blanda y negra.

—¡Eso! ¡Se podrá llamar así, y tendrá mucha gracia: *Gran Baile del Arca de Noé*! —dijo el oso, temblándole la alegría debajo de su piel, que le venía holgada.

Por toda la asamblea corrió un murmullo de entusiasmo. Se trataba, como habréis podido suponer, de organizar un baile de trajes para aquel carnaval de la selva. Había aquel año muchas ganas de divertirse entre los animales.

—El año pasado, como no se organizó nada, lo pasamos muy aburrido —dijo una cabra triste, atusándose sus barbas de notario.

—Es verdad, es verdad —asintió un lobo—. La única broma que me dieron fue una oveja, que se empeñó en perseguirme, apuntándome con un perfumador, diciéndome: «¡Que no me conoces!» «¡Que no me conoces!»

—Y tú, en vista de eso, te comiste a la ovejita —dijo el buho.

—¡Claro, para que viera cómo la había conocido!

—¿Iba disfrazada?

—Sí; de emperatriz Eugenia; pero se la conocía a la legua.

Toda la selva se llenó de conversaciones y de cábalas.

Todos pensaban ya en la mejor manera de disfrazarse por poco dinero. La cebra hacía sus cálculos para disfrazarse de avispa, aprovechando sus rayas negras y amarillas; el ciervo tenía el proyecto de vestirse de caracol, para poder aprovechar sus cuernos; el tigre, ya lo tenía pensado: se disfrazaría de alfombra para los pies de la cama, con sólo desparramarse en el suelo y poner cara estúpida; el avestruz, aprovechando sus plumas, su faldita corta y sus piernas al aire, iría vestida de segunda tiple; la lombriz de tierra dijo que ella iría de Luis XV, no sabemos por qué razón, y el cocodrilo iría de petaca.

El caso es que todos estaban muy contentos y nadie pensaba en otra cosa, ni siquiera en procurarse, por medio de la caza, el natural sustento de cada día.

La comisión organizadora advirtió que para hacer un baile original, lo mejor sería que cada animal fuese vestido de un animal distinto y, para mayor diversión, imitase los gestos, la voz, las actitudes del animal elegido.

El zorro, presidente de la comisión organizadora, con objeto de evitar que se repitiesen los disfraces, hizo una lista, en la que a cada animal se le designaba, entre los de carácter más opuesto, el traje que había de llevar. Por ejemplo: el león iría de gacela, y la gacela, de tigre; y el tigre, de conejo;

y el conejo, de elefante; y el elefante, de perdiz, y así. El mismo zorro iría de gallina, y las gallinas, de diversas alimañas.

Al que mejor hiciese su papel se le elegiría rey de la fiesta y se le daría un premio de bastante valor.

Llegó el día del baile, el lunes de carnaval, y todos se dirigieron disfrazados. El canguro llevaba su bolsa llena de confetti, y el camaleón soltaba al aire la serpentina de su lengua caza-moscas.

¡Lo que pasó no es para descrito! Como todos tenían hambre atrasada, por no haberse ocupado en aquellos días de otra cosa que de los disfraces, y como, además, unos a otros se guardaban profundos rencores, la fiesta tomó un carácter bastante extraño. Veamos algunos casos, los primeros que acabaron por desatar aquella zarabanda de imitaciones y aquel terrible estrago.

La mosca iba de araña, y extendía su tela, como sus tapices el vendedor callejero. Pasó la araña, con sus alas postizas, presumiendo de insecto volador, haciendo ziz-zás tontos en el aire. Las dos hacían muy bien su papel, independiente de otro; pero...

—Tú debes caer en la red para hacerlo mejor —dijo la mosca.

—¿Tú crees...? —preguntó la araña.

—¡Claro! Y yo envolverte en la tela, como envuelven a los clowns del circo en la alfombra grande.

Accedió la araña, y moviendo sus alas se enredó en la tela, haciendo un prodigio de imitación. Entonces, la mosca, interpretando con sumo acierto su papel de araña, se comió a su presa.

De este modo, por hacerse el leopardo la inocente cabrita, se lo comió la cabrita disfrazada de pantera feroz. Y al águila, que, pintada de amarillo, imitaba, balanceándose en un trapecio, el canto del canario flauta, se lo comió una paloma, que iba disfrazada de buitre con un pico postizo.

Visto el cariz que tomaba la fiesta, se reunieron las gallinas, disfrazadas de lobos y de zorras, y decidieron vengarse del zorro organizador, que se paseaba cacareando y moviendo sus falsas plumas y su falsa cresta.

—¡Somos las alimañas! ¡Somos las alimañas! —decían las gallinas, enseñando unos colmillos de cartón.

—¡Yo soy la gallinita! ¡Cacaracua! —dijo el zorro, corriendo como una niña al salir del colegio.

—No corras tanto —le dijeron las gallinas—. Ven, que te vamos a comer. Tú te dejabas, muy asustado... ¡Verás!

El zorro se acercó, en efecto; pero como era más listo que las gallinas y estaba al tanto de lo que ocurría, pensó que lo mejor, en vista de aquello, sería comerse a las doce gallinas, y así lo hizo.

Por culpa de aquel baile, muchas familias zoológicas llevaron luto, y todavía los viejos lo recuerdan con espanto y un poco de risa también...

Alguna vez los débiles se deben comer a los fuertes, aunque los listos sean siempre los que se comen a los tontos.



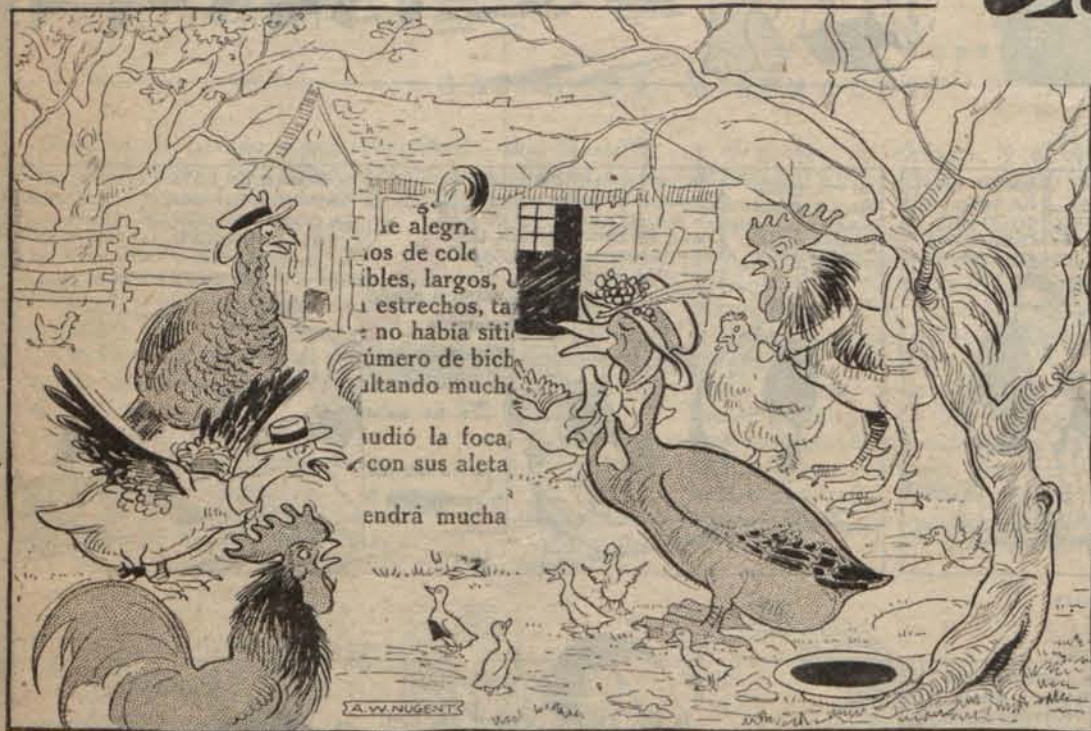
José López Rubio.

POTIPÁN Y CAÑAMÓN



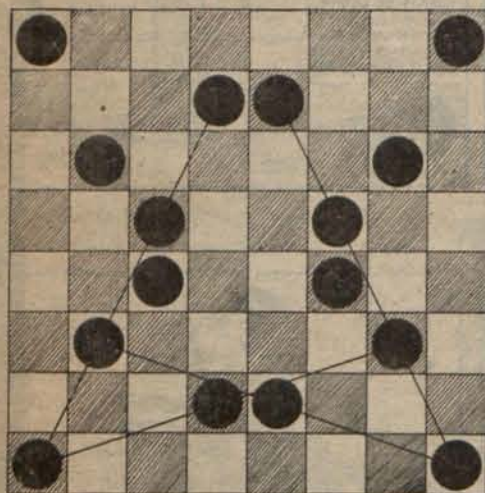
CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

ROMPECABEZAS DEL PATO CIEGO



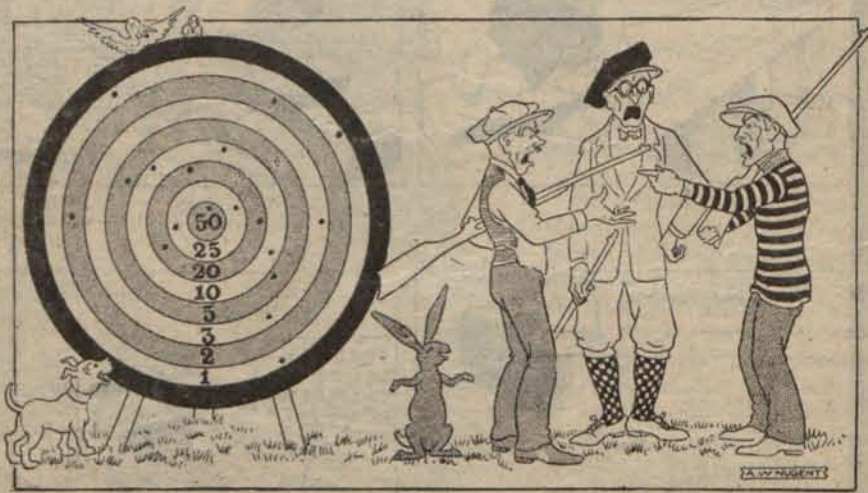
Un pobre pato ciego-
cito era el hazmerreír de
sus malos compañeros
de corral. Otros dos
patos, también ciegos
como él, se escondieron
para que no les hirieran
con sus burlas los de-
más animales. ¿Dónde
están escondidos? En la
solución indicad con lá-
piz o tinta dónde se
hallan los patos.

PROBLEMA DE DAMAS



En este tablero hay diez y seis fichas, colocadas de forma tal, que al trazar una línea recta en sentido oblicuo, atraviesa, como véis en el dibujo, a cuatro fichas. ¿De qué manera hay que colocarlas para que, al trazar una línea recta en cualquier dirección, sólo se atraviesen dos fichas?

PROBLEMA DEL TIRO AL BLANCO



Estos tres cazadores han disparado seis cartuchos cada uno, que son los diez y ocho puntos que se ven en el blanco.

Cada redondel del blanco, como véis, tiene un valor. Por lo tanto, el que haga un blanco en el círculo 10, tendrá un valor de diez; el que lo haga en el círculo 1, valdrá uno. Por lo tanto, los dos blancos que hay en el círculo 25, valdrán veinticinco cada uno; los tres blancos del círculo 1, valdrán uno, etc., etc.

El problema consiste en dividir los diez y ocho blancos en tres partes, de modo que sus valores sean iguales. Mandad pronto la solución, a ver si estos pobres cazadores dejan de discutir.

A LOS PINOCHISTAS

Con este número empiezo a daros los problemas como al principio, hechos por nosotros; y digo nosotros, porque habéis de saber que Pirula también me ayudará en este formidable trabajo de los Pasatiempos. ¡Ah! Se me olvidaba decirlos que tan pronto como se supo en la redacción que me decidía a hacer estos trabajos, se me presentó Paco Morronguía y, retorciéndose el bigote, se me ofreció para ayudarnos en tan difícil tarea. ¡Este Paco es un gato!

Esta decisión de hacer los Problemas y Pasatiempos la he tomado porque son cientos de cartas las que llevo recibidas, en las que muy queridos pinochistas me lo piden. Por lo tanto, vuestra colaboración en esta sección queda suprimida, continuando en los concursos de Dibujos, Historietas, Chistes, Chistes ilustrados y Cuentos.

Estos pasatiempos constituirán series mensuales que comprenderán todos los trabajos publicados durante el mes. Las soluciones se enviarán todas juntas al finalizar la serie, acompañadas del cupón que para ello se publicará oportunamente.

Las soluciones se recibirán durante los dos meses siguientes a la terminación de la serie.

Este plazo es de tanta duración para dar tiempo a que los pinochistas de América puedan concurrir a él.

Es requisito indispensable que las soluciones vengan acompañadas del cupón correspondiente; de lo contrario se considerarán nulas.

LISTA DE PREMIOS PARA ESTOS CONCURSOS

1.º Un lote de libros por valor de 25 pesetas.

2.º Un lote de libros por valor de 20 pesetas.

3.º Un lote de libros por valor de 15 pesetas.

4.º Un lote de libros por valor de 10 pesetas.

5.º Un lote de libros por valor de 5 pesetas.

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

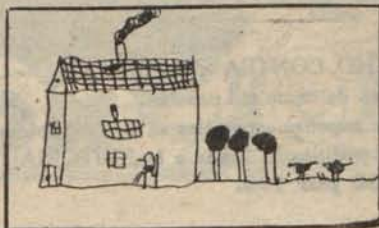
DIBUJOS



¡Hombre, hombre! ¿Por qué no?

JOSÉ M. AGUIRRE.
Trece años.

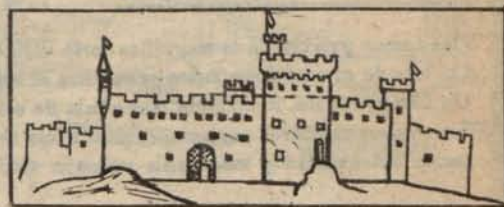
743. D. Sección B.



La casa de Pinocho.

LUIS TERÁN.

744. D. Sección A. Nueve años. R. Argentina.



Un castillo de la Edad Media.

LEONARDO VILLENA.
Ocho años.

745. D. Sección A.



Don Turulato en el
FUENCISLA HERRERO.
Doce años. Santander.
746. D. Sección B.



Leyendo PINOCHO.

JOSÉ CORONA.

747. D. Sección B.



Un palaciego.

LUIS DE GÓNGORA.
Trece años. Madrid.
748. D. Sección B.



Mi amiga Aurora.

ASCENSIÓN.
Doce años.

749. D. Sección B.



Tocando la corneta.

LUISITA GARCÍA.
Siete años. Cangas de Onís.
750. D. Sección A.



Ruiz, visto por

V. VERA.
Trece años. Madrid.
751. D. Sección B.



El pato jirafa.

EDUARDO PINAR.
9 años. Sevilla.
752. D. Sn. A.



Mis amigos.

E. P.

753. D. Sección B.



Una paisana mía.
A. VARA DEL REY.
Trece años. Madrid.
755. D. Sección B.



Francisco Quevedo.

JULIÁN TÁRRAGA.
Doce años. Madrid.
756. D. Sección B.



Mi asistente y mi criada, guisando.

ALICIA BARTONELL.

Ocho años. Melilla.

758. D. Sección A.



La casa de tío Pepito.

KIKO ALCORTA

Nueve años. San Sebastián.

760. D. Sección A.

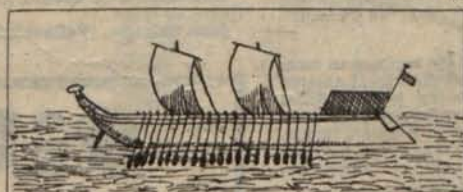


Mi hermano en visita.

JUANITA RADA.

Siete años. Santa Marta (Colombia).

763. D. Sección A.



Nave fenicia de cuarenta y cuatro remos.

M. ALVAREZ.

Trece años. Madrid.

761. D. Sección B.

Los Pinochistas cuyos trabajos se publican en esta sección tendrán derecho a pedirnos diez ejemplares del número en que su trabajo aparezca al precio especial de 30 céntimos.



Mis mejores amigos.

MARIA D. T.

Doce años. Pamplona.

762. D. Sección B.



Pinocho y Chapete.

GLORIA ALCORTA.

Diez años. San Sebastián.

764. D. Sección B.

La astucia de un elefante.

(CUENTO)

Había una vez un señor muy rico que tenía un elefante, que le dejaba suelto.

Este señor vivía en un pueblo de escasa importancia; pero, sin embargo, había una confitería, donde todos los días daban al elefante un turrón de azúcar (a lo que era muy aficionado).

Pero un día el dueño de la confitería se cansó de darle el turrón y cogió una piedrecita y puso un poco de azúcar por encima.

El elefante pasó como todos los días, y el dueño le dio el falso turrón; el elefante pronto se dió cuenta de que era una piedra y no un turrón, y pensó en vengarse.

Se dirigió a un lavadero y se llenó la trompa de agua, y dirigiéndose hacia la confitería empezó a arrojar el agua, estropeando todos los dulces; como el dueño saliese en defensa de sus bienes, el elefante le dió un soberano trompazo, que bastó para que saliese por el escaparate, rompiendo todo el juego de cristales.

Por fin, el dueño hizo las paces con el cuadrúpedo, y siguió dándole turrones.

P. TRIGO.

12 años. Valencia.

Cuento.

Una vez un conde quiso casar a su hija; y un noble vecino envió a sus hijos Jaime y Luis.

El primero que partió fué Jaime, el cual, al llegar a un prado, vió a una vieja en el suelo que no se podía levantar, y él ni se dignó mirarla. Poco después pasó Luis y, al verla, se fué solícito a levantarla. La vieja le dió un anillo, y le dijo que se lo pusiera a la princesa. Así lo hizo, y ella no lo tiró, como había hecho con los de los otros pretendientes. Y entonces se casaron y vivieron felices.

FRANCISCO DEVESE.

12 años. Barcelona.



Don Turulato.

JORGE GÓMEZ.

Ocho años. R. Argentina.

754. D. Sección A.



Un mañico y un andaluz.

CARLOS FRAIA.

Catorce años. Bonillo.

757. D. Sección B.



Lolita y su mamá.

ISABEL LASTRES.

Diez años. Alicante.

759. D. Sección B.

Para encuadernar los números de PINOCHO estamos preparando preciosas tapas para que los Pinochistas puedan conservar encuadernada la colección de PINOCHO. Pronto daremos más detalles.

Regalos a los suscritores.

Todo Pinochista que se suscriba tiene derecho a pedir, al hacer su suscripción (tiene que ser en ese momento), los regalos siguientes:

Si la suscripción es por un año

- 1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.
- 3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
- 4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 30 por 100.**

Si la suscripción es por un semestre

- 1.º Un tomo, gratis, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100.**

Estos regalos pueden recogerse, **completamente gratis**, en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid. Quien desee recibirlos en su casa debe enviar 1,50 pesetas para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado.

Además, todos los suscritores, tanto de año como de semestre, tienen otras muchas ventajas constantes, tales como facilidades para la colaboración infantil, números para los sorteos de regalos y otros interesantes privilegios.

Nuevos regalos a los suscritores de Pinocho.

Desde este mes de Febrero sortharemos CADA MES, entre nuestros suscritores, los cinco premios siguientes:

Primero.	25	pesetas en efectivo.
Segundo.	15	— en libros de CUENTOS DE CALLEJA.
Tercero.	10	— — — —
Cuarto.	5	— — — —
Quinto.	3	— — — —

Los nombres de los suscritores favorecidos con los premios de Febrero se publicarán en el número próximo.

Para retirar los premios será necesario escribir al Director de PINOCHO (Apartado 447-Madrid), indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del Pinochista premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

CORRESPONDENCIA

Pablo A. Cuadra. (Granada, Nicaragua).—Mi querido Pablo: Con la rapidez que es posible, contesto a tu simpática carta. Para los dibujos de colorido puedes emplear, bien los lápices de colores, bien la pintura. Ello lo dejo a tu voluntad, mi querido Pablo. Espero con verdadera inquietud tus nuevas obras, las cuales spongo de un interés extraordinario.

Julio Jacinto. (Madrid).—Tu proposición me encanta por generosa y altruista. Decididamente eres un Pinochista de muy buen corazón, como son, en realidad, todos los Pinochistas. No puedo acceder definitivamente a tu idea hasta que no conozca yo, en toda su integridad, tu proyecto y vea hasta qué punto es éste practicable.

Quedo esperando «las bases».

Asunción Aragonés. (Tetuán).—Queridísima Pirulina: He recibido tu amabilísima carta, juntamente con tus dibujos, que son extraordinarios. Lamento muchísimo que no hayan salido aún tus anteriores trabajos; pero tú debes comprender que no puedo publicar, por más que quiera hacerlo, todos los dibujos de un golpe. Esto me hace sufrir un poquito, y lo mismo a Pirula, pues yo quisiera que todos mis colaboradores —que son, como sabes, innumerables— estuvieran satisfechísimos. De todas formas, y dentro de mis posibilidades, procuraré que salgan tus obras lo más pronto posible.

Rubén M. Bustelos. (Buenos Aires).—Mi amigo Rubén: Me gusta muchísimo el cuento de tu hermanita Ruth, que se publicará conforme le llegue su turno. Ahora espero los dibujos que me prometes, los cuales —estoy seguro de ello— han de ser magníficos, estupendos, como tuyos.

En cuanto al sorteo de Navidad-Reyes, ya pasó la fecha, y yo soy el primero en lamentarlo, pues me hubiera gustado mucho verte favorecido por alguno de los magníficos premios de aquel sorteo.

Recibe un fuerte abrazo de Paco Morronguís, de Potipán y Cañamón, de Colorín y su pandilla, y tú recibe, y tu hermanita Ruth, un fuerte apretón de manos de tus mejores amigos, Pirula y Pinocho.

Pedro García Palcos. (Barcelona).—¡Tintal! ¡Tinta negra!

Antonio Blanco Segovia. (Sevilla).—Publico uno de tus dibujos, el del cupón. El otro, los demás, no puedo publicarlos. ¡Soy justo!

Antonio Fernández. (Orense).—Querido Antonio: No he tenido tiempo para contestar puntualmente a tu carta. Tú me perdonarás, sin duda alguna, en atención al mucho trabajo que pesa sobre mí. Efectivamente, y paso a contestarte, una novela de esa magnitud no puede ser publicada. Ya dimos en su tiempo las condiciones de la colaboración infantil y los límites señalados para los cuentos. A esas condiciones vienen ateniéndose todos los colaboradores infantiles. No puedo hacer una excepción contigo, aunque quisiera. Envíame cosas cortas, en cuanto a literatura, que yo sabré publicarlas a la mayor brevedad posible.

Un saludo de Colorín y su pandilla, y un abrazo de tu mejor amigo de madera.

Fernando Jiménez Otero. (Bilbao).—¡Cuánto me satisfacen tus elogios para con mi revista! Veo que sabes apreciar finamente, en toda su magnitud, todo cuanto hago por mis queridos amigos los Pinochistas. Yo no sé si es PINOCHO la mejor revista del mundo, como afirmas en la tuya. Pero son tantas y tan efusivas las cartas que vengo recibiendo desde la última mejora, que no sé... no sé... Acaso sea PINOCHO la revista mejor, más bonita y más entretenida de todas cuantas hoy se hacen del Polo Norte al Sur.

En cuanto a tu cuento, ni media palabra más. Se publicará conforme le llegue su turno.

Juan Salgado. (Valladolid).—¡Tintal! ¡Tinta negra!

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 52

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

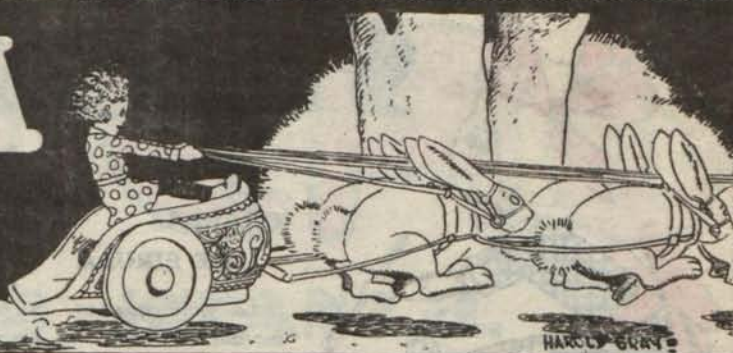
remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

(1) Indicar el que sea. Léase bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

ANITA

BUEN-CORAZON



¡AY, PELUCHO DE MI VIDA!
MIRA CUANTO TRASTO POR
ENMEDIO. ESTO DEBE DE
SER POR EL CICLÓN
DE AYER TARDE.



¡QUÉ ATROCIDAD!
¡EL AUTO DE MI
TIO BLAS EN ESE
TEJADO! ¡LA
FUERZA QUE
TIENE EL VIENT-
TO!



MIRE USTED, SEÑOR
GUARDIA, EL AUTO DE
MI TIO BLAS ESTÁ
ENCIMA DE AQUEL
TEJADO... SE LO
HA LLEVADO EL
CICLÓN.



PUES HA-
BRA QUE
DETENER
A ESE CI-
CLÓN.

Y METER-
LO EN LA
CARCEL
POR LA-
DRÓN.

¡SANTOCIE-
LO, A DON-
DE HA IDO
A PARAR MI
MANIQUÍ!

¡LO QUE HA
SUBIDO EL
PRECIO DE
ESE TRAJE!



MIRA QUE
GUAPÓ ES-
TÁ EL GE-
NERAL
TROMPÓN.
... ESTÁ
DE GRAN
GALA.



¡ESTA ES LA PUERTA DEL JAR-
DÍN DE DON TRIQUITRAQUE!



VAMOS A
LLEVARSE-
LA, VERÁS
QUE ALE-
GRIA LE
DAMOS.

¿QUÉ VEO?
¡RAYOS Y
CENTELLAS!



¡AHORA TE ENSE-
ÑARE YO A RO-
BAR PUERTAS, LA-
DRONZUELA!



PERO SI ES QUE...



¡AAAY!



¿PERO HAS VIS-
TO QUE TIO MÁS
BRUTO, PELU-
CHITO DE MI
ALMA?



EL QUE INVENTÓ EL RE-
FRÁN DE "HAZ BIEN Y
NO MIRE A QUIÉN"
NO DEBIÓ CONOCER
A DON TRIQUITRAQUE.



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1922 by The Chicago Tribune



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA

La niña que se mordía las uñas. —
¿Qué título más feo lleva esta «Charla», verdad? ¡Una niña que se muerde las

uñas! ¡Qué horror! Os felicito porque no conozcáis a ninguna. La niña a quien aludo se llamaba Conchín, y era preciosa y encantadora; es decir, lo hubiera sido de no tener tan fea costumbre.

¡Qué no haría su madre por quitársela! Le citó, para asustarla, casos terribles como aquel, que seguramente conoceréis, del niño que empezó comiéndose las uñas luego se fué comiendo los dedos, la mano, el brazo... ¡y acabó antropófago!

Con deciros que intentó también la mamá ponerle a Conchín en los dedos acíbar, y tal era la rabia de la criatura por comerse las uñas que hasta le tomó gusto a aquel horrible amargor.

Aquellos pobres deditos roídos eran algo tan espantosamente feo, que la misma Conchín se avergonzaba de que se los vieran; pero ¡ni por esas!

Y he aquí que un día todo cambió, porque tito Pepe se fué a hacer un viaje a París.

¿Que qué tiene que ver tito Pepe con las uñas de Conchín? Pues muy sencillo: a su regreso de París, tito Pepe trajo regalos sorprendentes a todos sus sobrinos; así, a Piluca, la chiquirritina, le trajo un sonajero magnífico que representaba la Torre Eiffel y tocaba el jazz-band.

A Pedrito, el diablillo de cuatro años, ese, cuyas respuestas deliciosas han enriquecido más de una vez la sección de «Niños auténticos» de la Revista MUJER, le trajo una caja de soldados que tenían la propiedad de ganar todas las guerras. Maruja recibió de manos de tito Pepe una muñeca que hablaba tres idiomas y hacía gimnasia sueca.

Manolín, un señor ingeniero de once años, si no con toda la barba, por lo menos con toda la barbilla, le tocó un automóvil que tenía garantizados 90 kilómetros y tres accidentes por hora.

Y a Conchín, en atención a sus trece años, le fué entregado un verdadero regalo de persona mayor; ¿qué diréis que fué ese regalo?

¿No acertáis? Pues... ¡un estuche para las uñas!

¡Y qué estuche, amigos míos! ¡Precioso, lujosísimo, adorable! De piel gris por fuera y de terciopelo y raso blanco por dentro; y con un sin fin de pequeños instrumentos con el mango de marfil; y una cajita de plata para los polvos, la pasta o la piedra de dar brillo a las uñas; y las finas tijeritas curvas, ¡qué se yo! Conchín quedó extasiada ante el re-

galo; luego fué a darle un abrazo al tío Pepe, pero... no pudo; bajó la cabeza y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

¿Qué falta le hacía a ella el estuche para las uñas, puesto que... no tenía uñas? Así lo comprendió también su mamá —¿qué no comprenderán las mamás?— Y le dijo:

—Si tanta pena te da, Conchín, no poder utilizar el regalo de tito Pepe, en ti está el remedio.

Y no os digo más; a los ocho días Conchita, triunfante, lucía unas uñas magníficas, cortadas y limadas en forma de almendra, pulidas, brillantes y sonrosadas, y desde entonces siempre las tuvo así. ¿Quién hizo el milagro? ¿El estuche regalado por tito Pepe? No; la voluntad propia; el querer no roerse ya las uñas.

¿Por qué no tendrán esa misma voluntad todos los niños que tienen alguna costumbre fea, ridícula, peligrosa y repugnante, como esta de comerse las uñas?

Esa voluntad todopoderosa la tendrían sin necesidad de que les regalasen un lindo estuche; con sólo que pensasen... en no causar pena a sus papás.

¡Ay!, que lástima que no sean todos los niños tan buenos, tan incapaces de feas manías, como sois todos vosotros, mis queridos lectorcitos y amigos.

PIRULA, MUEBLISTA

Lámpara Wu-li-Chang. —
¿Sabéis que es Wu-li-Chang? Acaso me contestaréis que es el nombre de una obra china que se ha representado en Madrid y que... Pero no; yo no me refiero a esa obra, ni a ninguna de esas que son para personas mayores y a nosotros no nos interesan, ¿verdad?

Para obras bonitas la de *Pirula, Pinocho y el Sr. Polichinela* o *El príncipe que quería ser niño* o *La princesita limpia*, o, en fin, todas las que se han publicado, se publican y se publicarán en estas páginas, y que vosotros representáis todos, a las mil maravillas, amiguitos y lectores míos.

Hoy, al hablar de Wu-li-Chang, aludía a esta lámpara que aquí veis y que he bautizado así, porque es idea mía que el nombre le va como anillo al dedo a este chino de sombrerete florido y bigotes en punta.

Por cierto que tiene este habitante del Celeste Imperio un airecillo algo fatuo, pues no hay por qué ponerse tantos moños —o, mejor dicho, ya que de un chino se trata, tantas trenzas—, ya que antes de ser persona, es... un sencillito tarugo de madera, como puede verse. Y, sin embargo, nada más fácil que operar tan asombrosa transformación con un poco de pintura roja, azul y amarilla, y tinta china, y vuestra proverbial habilidad.

En cuanto a la pantalla —cuya armadura hallaréis fácilmente y a poco precio—, si no queréis molestaros —divertiros, mejor dicho—, en pintarla o bordarla en la forma que indica el grabado, podéis muy bien utilizar para hacerla cualquier tejido de seda lavable o de vuela de algodón estampado, con tal de que los colores armonicen con los del pie, y los dibujos tengan cierto carácter oriental, digno del terrible «Mister Wu».

